

existencias, tal vez hace miles de años; pero como sea que han vivido así, nada puede favorecer más su progreso que lo que les está pasando ahora. No podemos evitar ver con tristeza su condición actual, pero nuestra pena no es por su pruebas actuales, sino por las antiguas causas que las hicieron necesarias. La idea puede parecer marcada por cierta frialdad, pero cuando comprendemos hasta qué punto el resultado forma parte de la causa, podemos constatar que el presente está relacionado absolutamente con las causas generadas hace muchísimo tiempo por estas personas y que no puede ser de otra manera por el imperio de la ley divina de la causalidad.

Hoy, todo este sufrimiento no puede ser modificado más que por la intervención de nuevas fuerzas. Algunas veces nos resulta posible paliar, hasta cierto punto, el dolor y el sufrimiento. Cuando lo hacemos no es nunca y en absoluto que impidamos el cumplimiento de la ley, no se trata de ninguna manera que la conciliación con la ley sea para nada perturbada, sino que ponemos en juego una nueva fuerza que, en sí, también está sometida a la ley y atenúa en gran parte los efectos del pasado. A pesar de la posibilidad de aliviar y de ayudar algunas veces, muchos de nosotros, como ya he explicado, tienen mucha dificultad para demostrar una perfecta comprensión y aceptar al mismo tiempo la necesidad del sufrimiento; sin embargo, en determinadas circunstancias, lo conseguimos satisfactoriamente. Supongamos que uno de nuestros amigos más queridos tiene que sufrir una operación quirúrgica. Lo sentimos, desde luego, pero no se nos ocurrirá decir que la operación es mala: reconocemos las ventajas que representa, y esperamos una mejoría en el estado de salud de nuestro amigo. Sean cuales fueren, pues, nuestros sentimientos de pesar, consideramos la operación como una triste y lamentable necesidad. Todas las aflicciones, to-

dos los sufrimientos, no son más que eso —otras tantas operaciones destinadas a suprimir las vegetaciones peligrosas.

Aquí abajo, podrían evitarse muchas pesadumbres, porque una gran parte de ellas no vienen precisamente del pasado; son el resultado de los fallos cometidos en el presente. Los hombres enfocan las cosas por su peor lado. De ese modo, a menudo, nos sentimos ofendidos y nos atormentamos. El Karma no tiene nada que ver en esto. En muchos casos, siete octavas partes de las preocupaciones no llegan en modo alguno del exterior, sino que se deben enteramente a la manera en cómo las personas soportan sus experiencias. El Karma que nos llega del exterior se reduce a muy poca cosa, pero nosotros lo aumentamos mucho: esta es nuestra equivocación actual; pero tiene remedio.

La mayoría de las personas cuyo objetivo en la vida es la felicidad, la buscan de maneras diversas: asociándose con personas cuya compañía les resulta agradable, yendo a lugares donde piensan que van a encontrar el placer, y así por el estilo. El discípulo no tiene que seguir su ejemplo porque tendrá que ser capaz de encontrar en él la felicidad sin hacerla depender de ninguna condición externa en particular. Para nosotros esto es difícil, porque durante numerosas vidas hemos sido más o menos juguete de las circunstancias. Observando a nuestros semejantes nos damos cuenta de que la mayoría todavía se encuentra en esa etapa. La mayor parte de los seres humanos aquí abajo, se preocupan muy poco por modificar las condiciones en las que se encuentran situados. Si se sienten deprimidos, inclinados a sentirse ofendidos y, por consiguiente, desgraciados; les correspondería cambiar todo eso: pero no, responden a la ofensa lamentándose y declaran imposible entenderse con semejantes personas. Sin embargo, éstas probablemente no difieren mucho del resto de la humanidad; nuestra felicidad depende de la

manera como sabemos aceptarlos y de cómo nuestra actitud responde a la suya. Si hemos obtenido algún provecho de nuestros estudios de ocultismo, diremos: "No le doy importancia a sus reacciones; es cosa suya y no mía; por mi parte, no tengo que ceder ni a la susceptibilidad, ni a la inquietud, a fin de mantenerme en calma, no importa lo que hagan o digan los demás".

Puede que se diga: esto es muy difícil cuando se nos ataca y se nos insulta. Pero, ¿no es evidente que los efectos de una actitud insultante y agresiva dependen de la manera en que se las recibe? Si nos dejamos afectar por ellas el resultado es muy emocional y, como consecuencia, demostramos por nuestra parte sentimientos bastante parecidos y, a los ojos de un observador, la agresión podría parecer, en parte, justificada. Si, por el contrario, mantenemos una perfecta calma, la persona que nos insulta se da cuenta de su sinrazón y el observador puede constatar que a nosotros no nos falta. Desde luego, no es necesario permanecer calmados en la intención con la idea de demostrar que no nos equivocamos, nuestra actitud tiene que ser filosófica porque estos ataques y las intervenciones de que somos objeto nos dejan insensibles; así, podemos sentirnos felices.

Felicidad bastante negativa aparentemente, y dirigida a evitar penas y sufrimientos. Podemos hacer mucho más. Nosotros, como estudiantes de la vida interna que tratamos de adaptar nuestra vida a los preceptos del ocultismo, tenemos que participar en el trabajo del mundo. Afirmémoslo: nadie puede ver el Plan del Logos o el trabajo que implica su realización sin tratar de secundarlo con todas sus fuerzas; el solo hecho de consagrarse a este trabajo mantiene ocupado al hombre y le hace feliz. No deberíamos disponer de tiempo para ofrecer resistencia, ni para deprimarnos, ni para inquietarnos, en presencia de estas cosas externas. Si no damos

tregua para enviar buenos pensamientos, dirigir deseos estimulantes, corrientes poderosas de buena voluntad a todo nuestro entorno, estaremos muy ocupados y nuestro trabajo será nuestra alegría.

Cómo escuchar sin tristeza a la gente que nos rodea, hablar incesantemente de lo que hacen “para pasar el rato”: si hacen esto o aquello, es para crearse una ocupación. Espectáculo a la vez risible y lamentable, porque este mundo presenta mil ocasiones para actuar con bondad y nobleza, y estas personas ni siquiera las buscan: Se limitan a fabricarse diversiones, pasatiempos; y ésta, de todas las actitudes, es la más pasmosa.

El estudiante de ocultismo anda faltado de tiempo para hacer todo lo que quisiera. Todos aquellos que realmente quieren trabajar están agobiados de trabajo; la necesidad desborda siempre sus fuerzas. La Dra. Besant trabaja incansablemente y sin darse reposo, desde primera hora de la mañana hasta una hora muy avanzada de la noche; la idea que ella tiene del trabajo se parece muy poco a la que tiene una persona ordinaria. En el mundo de los negocios algunas personas, indudablemente, están constantemente sumergidas en un trabajo que las absorbe pero, en general, el hecho de trabajar se entiende de esta manera —un poco de trabajo seguido de descanso, después se reemprende durante un corto tiempo; y a esto se le llama aplicarse seriamente a la tarea. Este no es el modo de hacer de la Dra. Besant. Mientras presta oído a lo que le decís, y sin perder una sola palabra, continúa escribiendo; cuando vuestra historia acaba, su ayuda o sus consejos ya están a punto. No pierde un solo instante. Si, en una estación se ve obligada a esperar, siempre lleva consigo una pequeña escribanía y se pone de inmediato a escribir cartas o artículos. No todo el mundo tiene disposición para esto —no olvidemos la edad que ahora tie-

ne su cuerpo. Además, en general, su trabajo sobre numerosas y diversas cuestiones es muy minucioso y exige una decisión rápida. Las personas cuyo trabajo está remunerado no se lo toman así. Ella, es capaz de trabajar tanto precisamente porque todo su trabajo es puramente benévolo; realmente encuentra placer en ello; siempre tiene una amable sonrisa para las personas con las que se cruza; para todos aquellos que se relacionan con ella es una verdadera fuente de inspiración. Haríamos bien en seguir sus pasos tan allá como sea posible y de no olvidar nunca el deber de ser felices; si no lo somos, es que no hacemos lo bastante —prueba cierta de que perdemos el tiempo. Pongamos manos a la obra, emprendamos algo y dejaremos de sentirnos melancólicos porque no habrá lugar para el ocio. Nuestra tarea presenta un interés tan vivo, es tan amplia que, imbuidos de esta verdad, no tendremos un solo pensamiento para dedicar a la melancolía ni a nada que se le parezca.

Busca en el corazón la raíz del mal y arráncala. Esta raíz vive y fructifica en el corazón del discípulo devoto lo mismo que en del hombre de deseos. Sólo el fuerte puede destruirla. El débil tiene que esperar su crecimiento, su fructificación y su muerte. Y esta es una planta que vive y se desarrolla a través de las edades. Florece cuando el hombre ha acumulado en sí innumerables existencias. El que quiera entrar en el Sendero del poder tiene que extirpar esto de su corazón. Y entonces el corazón sangrará, y toda la vida del hombre parecerá desvanecerse por completo. Hay que pasar esta prueba; puede que se presente en el primer peldaño de la peligrosa escalera que conduce al sendero de vida; puede que no llegue hasta el final. Pero recuerda, ¡oh discípulo!

lo! que tienes que pasar por esta prueba, y que las energías de tu alma tienen que afirmarse en esta empresa. No vivas ni en el presente ni en el futuro, sino en lo Eterno. Esta cizaña gigantesca no puede florecer allí; esta mancha de la existencia la borra la misma atmósfera del Pensamiento eterno.

C.W.L.— Así termina la Regla 4, comentario del Chohan añadida a las tres primeras. La cizaña gigantesca es la herejía de la separatividad —la idea del yo separado— que es, verdaderamente, la raíz del mal. Se nos pide que la matemos gradualmente. Primero hay que unir al yo inferior con el Yo superior, fundir nuestra personalidad en la individualidad. En la mayoría de nosotros, el yo personal todavía está tan próximo que tiende a ocultarnos las cosas superiores; hay que ir más allá de él y, poco a poco, trascenderlo, con el fin de desnudarnos de todo egoísmo. Después de lo cual, haremos lo mismo con la individualidad.

La individualidad, o ego, es una cosa admirable —compleja, de una extrema belleza, maravillosamente adaptada a su medio, un ser glorioso en verdad. Llegará un momento, sin embargo, en que tendremos que darnos cuenta de que ésta es un simple instrumento creado por nosotros en el curso de las edades para asegurar el progreso de la Mónada. Por el hecho de que hemos necesitado desarrollar la idea del yo separado en las primeras etapas de nuestra evolución, la cizaña gigantesca o su simiente se encuentra en el corazón de cada uno. Esta cizaña, más pronto o más tarde, tiene que ser destruida, pero sólo los fuertes son capaces de extirparla desde el principio de su desarrollo. Los débiles tienen que esperar y dejarla crecer esperando adquirir suficiente vigor para destruirla. Para ellos esto es lamentable, porque, cuan-

to más se le permite prolongar su existencia, más se agarra a la naturaleza del hombre. Las personas suficientemente valientes para arrancarla ya a partir de ahora, harán rápidos progresos y mucho más señalados. La lucha que se necesita para liberarse del yo separado siempre es terrible, pero lo será infinitamente más si la posponemos a las etapas posteriores de nuestro progreso. En tanto que no se haya destruido definitivamente, estaremos expuestos a toda clase de dificultades y peligros a los que no podemos escapar más que ahogándola en el terreno. Por consiguiente, es evidente que más vale destruirla desde el principio.

Los sistemas de enseñanza oculta todos están de acuerdo en aconsejar al estudiante que se desembarace rápidamente de esta ilusión. La dificultad, además del hábito de considerarnos separados, estriba en que esta misma idea ha sido antaño el origen de toda nuestra fuerza. En la época en que el ego se convirtió en individualidad, su debilidad era grande; hasta entonces, había formado parte de un alma grupal, y la idea de una identidad separada todavía no estaba muy confirmada para él; la existencia del salvaje tuvo que consolidarla. Del sentimiento "yo soy yo", nació poco a poco, la fuerza. Al principio, decía: "Yo soy un gran guerrero, ágil en la carrera; soy un gran jefe; puedo dirigir los ejércitos; puedo conducir a los hombres; puedo imponerles mi voluntad". Más tarde, a un nivel superior, expresó su pensamiento de este modo: "Poseo una inteligencia poderosa; tengo confianza en mí mismo; estoy orgulloso de mí; soy un hombre importante; mi pensamiento es más poderoso que el de cualquier otro, domino las inteligencias y las dirijo a mi comodidad". Este es el sentimiento de separatividad que nos ha enseñado la confianza en nosotros mismos.

Más tarde, llega una etapa en que esta confianza significa la confianza puesta en el Yo Superior. Dejando de contar con

su destreza manual, su agilidad, su fuerza muscular, sus facultades intelectuales, el hombre llega a comprender que existe una energía del espíritu que es muy superior a estas manifestaciones externas y, llegado a esta etapa, pronto descubre que esta energía del espíritu es la del Infinito del que procede, porque esta energía es una con Dios mismo. Así pues, nuestra confianza personal se convierte en confianza en Él —en la inmensa Potencia generadora. Nosotros somos Él mismo. Depositar nuestra confianza en Dios es depositarla en nosotros mismos, porque cada uno de nosotros es una chispa de la Llama divina y la Divinidad está en nosotros. Basta con comprender y desarrollar esta idea; después el yo en el que depositamos nuestra confianza se convierte en el gran Yo Total.

Esta idea del yo separado nos satura; es la base misma del ego quien, de nuestro conocimiento, es el único elemento permanente en nosotros. Hemos de aprender que existe la Mónada: ella es la que se nos aparecerá como el verdadero Yo cuando habremos rechazado la individualidad. Sin embargo, cuando llegue ese momento, constataremos con más claridad que hoy, que estas Mónadas son, en definitiva, chispas de la Llama Eterna. Ahora lo sabemos teóricamente y cada uno de nosotros, llegado el momento, lo comprenderá realmente; algunos ya lo han comprendido. Tal como he señalado, cuando el foco de la conciencia se encuentra en la parte superior del cuerpo causal, es posible percibir la línea que une la Mónada con el ego. Siguiendo esta línea hasta la Mónada, que tan poco conocemos, e incluso más allá, he aquí el hecho que llegamos a ver y a conocer, con una precisión y una certeza imposibles de expresar en palabras aquí abajo: todo lo que suponíamos que era el Yo y que nos pertenecía, no somos nosotros, sino Él: la inteligencia, la devoción, o el afecto que hemos poseído no eran en modo alguno

nosotros mismos, sino que más bien era la inteligencia, la devoción, el amor, es decir Dios mismo, manifestándose a través nuestro. Después de haber realizado esta experiencia, al hombre le resulta imposible volver a ser nunca exactamente lo que fue: ya no puede volver a ser como antes, desde el punto de vista personal, porque él sabe, con una convincente certeza. Es necesaria una experiencia de este tipo para compensar el desarrollo del yo separado, causa de grandes tribulaciones, fuente abundante de tristezas y de sufrimientos, velo que nos impide discernir claramente lo que es la Vida. Nos encontramos en una curiosa situación: nuestro desarrollo, hasta cierto punto, se debe a la idea de separatividad; a partir de este punto, se convierte en un mal y hace falta que nos deshagamos de ella. La humanidad ha llegado a una etapa en que debería comprender esto. He aquí porque todas las doctrinas que tienen un carácter oculto o altamente religioso, insisten con tanto énfasis en el deber de practicar el altruismo. Toda la humanidad tiene necesidad de ello; todavía se encuentra en la etapa del egoísmo y busca apropiarse de esto o de aquello. Toda nuestra energía tiene que oponerse a esta tendencia.

Al mismo tiempo hay que tratar de ser muy tolerantes. Perdemos a menudo la paciencia ante el espectáculo del egoísmo desbordante y brutal que se afianza por todas partes, pero es inútil. Esas desgraciadas criaturas practican todavía lo que exigía su desarrollo hace miles de años. Ayudémosles, si es posible; demostremos siempre dulzura y tolerancia, pero demostremos con firmeza la necesidad de renunciar a este punto de vista, y a tener en cuenta el progreso colectivo de la humanidad. Algunos de nosotros se sienten bien pensando siempre que formamos parte de ella. Tratamos de seguir el consejo dado por uno de nuestros Maestros: "Si conseguís dar un paso cualquiera hacia adelante; si conseguís un pro-

greso señalado, no os digáis: 'He hecho esto y realmente es un progreso'. Vale más pensar: 'Soy feliz de que esto haya pasado, porque gracias a mí la humanidad se ha acercado otro tanto al momento en que descubrirá por sí misma la meta final que Dios le tiene asignada. A través mío, la humanidad ha dado un paso hacia adelante, lo cual, para cada uno de sus integrantes, representa un ligero progreso". Así que se puede pensar en la humanidad en conjunto como un hombre pensaría en toda su familia, como una colectividad de la que todos formamos parte, desde el más tierno infante hasta el anciano cargado de años, y así se ocuparía de su prosperidad común.

Se nos dice que no vivamos en el presente ni en el futuro, sino en lo Eterno. Aquel que vive en lo eterno es el Logos, es la Divinidad. Viviendo en lo eterno, el Logos ve simultáneamente el futuro y el presente; ve todas estas cosas cumplidas. Si pudiéramos elevarnos hasta Su punto de vista, seríamos capaces de vivir como Él en lo eterno. Esto no pasará ni hoy ni mañana; pero es un objetivo hacia el cual es necesario que nos abramos camino esforzándonos denodadamente. Para eso es imprescindible una disconformidad; no nos sentimos nunca satisfechos con nuestra nueva condición, eso sería patear en el mismo sitio; busquemos siempre hacerlo cada vez mejor; lo conseguiremos enfocando nuestra vida en el futuro.

Si siempre buscamos el progreso, la superación, sería una equivocación dejarnos llevar por el descontento o por la preocupación en presencia de las circunstancias que influyen pasajeramente en nuestra condición actual y en la de los demás. Es más sabio, y es preferible proyectarnos hacia el futuro y vivir en él. Deberíamos decirnos a nosotros mismos: "En este momento soy tal o cual persona; tengo algunos defectos y algunas debilidades; quiero superarlos y ansío el mo-

mento en que dejarán de existir". Es importante vivir para el mañana y no para el ayer. El mundo, en general, vive para los siglos pasados y se agarra a viejos prejuicios. Hagamos acopio de todas nuestras resoluciones para el porvenir y vivamos para él.

Enfocad vuestro pensamiento con esperanza en el futuro; no lo enfoquéis con añoranza del pasado. El presente es, con mucho, una ilusión; por consiguiente, si estamos descontentos, no lo estamos realmente por lo que estamos haciendo, sino por lo que acabamos de hacer. Para progresar, miremos hacia adelante. Mirar hacia atrás no es la manera de progresar; si nos obstinásemos en ello en el plano físico, no llegaríamos muy lejos sin accidentarnos; el mismo principio rige para los planos superiores. Cuanto más reflexionamos más evidente es que en los tres aforismos examinados, es decir: "Mata la ambición, mata el deseo de vivir, y mata el deseo de bienestar", todo lo que impulsa al hombre ordinario al esfuerzo, ha sido suprimido absolutamente.

En principio, la vida del hombre está gobernada por el deseo de asegurar su existencia y la de su familia, por el deseo de "mantenerse a flote"; siempre existe la ambición de ascender; desea más bienestar para él y para los suyos. He aquí exactamente los móviles del hombre corriente y, con toda seguridad, si llegaran a serle arrebatados permanecería inactivo; sin la menor razón para moverse; semejaría un leño. Diría "Si he de prescindir de todo tipo de ambición, si no puedo desear un bienestar en la vida, ¿por qué he de moverme? Por qué dar un paso?" Se abandonaría a sí mismo sin motivo suficiente para provocar el menor esfuerzo y todo progreso sería imposible para él. No puede negarse que para él la supresión de estos móviles tendría sus inconvenientes.

Por otra parte, el hombre que está preparado para el Sen-

dero, y que ha perdido todo interés por las cosas inferiores, se encuentra en una etapa en que también corre el peligro de caer en la inacción. Intelectualmente, su convicción de que estas cosas inferiores no merecen ninguna dedicación es absoluta, y como que ya han dejado de atraerle no se siente en disposición de emplear energía en ningún sentido. En el curso de la evolución, esta experiencia alcanza a casi a todo el mundo; para muchas personas es causa de verdadero desconcierto. Liberadas de los intereses inferiores, no los han reemplazado por intereses superiores; se encuentran entre los dos; su etapa es transitoria; no han comprendido bien la unidad para hacer de ella la gran motivación de su vida; sin embargo es suficiente para saber que los deseos del yo separado no merecen seguirse; así que su existencia se mantiene en suspenso. A algunos estudiantes les cuesta mucho librarse de esta condición. Nada merece un esfuerzo; nada les interesa ya; quisieran morirse para poner fin a todo ello.

El único medio de salir de este estado tan poco satisfactorio es avanzar todavía un poco más; entonces el hombre constata que existe una vida superior y más real, infinitamente digna de nuestros esfuerzos. En el primer vislumbre que se tiene del plan divino, sólo se siente un deseo —entregarse a él por entero; es imposible reaccionar de otra manera. Identificándose con la Vida Una, actuando como parte de esta Vida, el estudiante ha encontrado el único móvil capaz de impulsarle a la acción. Cuando da este nuevo paso y empieza a comprender la Vida del Yo, entonces, en lugar de caer en un aniquilamiento que le liberaría de todo, experimenta el intenso deseo de disponer siempre de más energía, para dedicarla a esta obra gloriosa. El Yo Único, ese es el móvil que despertará en él una actividad que jamás ha conocido, porque este móvil es infinitamente más poderoso que toda otra cosa menos elevada; al hombre que se entrega a él, a fin de

cumplir las intenciones soberanas de la Divinidad, le aporta una felicidad y una paz ilimitadas.

CAPÍTULO V (LXI)

REGLAS DE LA 5 A LA 8

5. Mata todo sentimiento de separatividad.

Sin embargo, manténte solo y aislado, porque nada de cuanto tiene cuerpo, nada de cuanto tiene conciencia de separación, nada aparte de lo Eterno puede ayudarte.

A.B.— En este libro, destinado al discípulo, el precepto en cuestión reviste una importancia particular, porque él tiene que aprender a permanecer absolutamente solo. Nada de lo que tenga cuerpo, nada de lo que está fuera de lo Eterno puede venir en su ayuda. Toda ayuda que se reciba de un ser incorpóreo es una ayuda secundaria y puede fallarle en el momento que más lo pueda necesitar. Las biografías de los grandes místicos cristianos nos muestran en sus vidas una característica invariable: se sintieron abandonados por todos y tuvieron que permanecer absolutamente solos. La misma verdad se encuentra en los Evangelios, los cuales, bajo el símbolo de la vida de Jesús, relatan las experiencias impuestas a toda alma que pasa por las etapas del discipulado. Es-

pecialmente se relatan dos escenas: la primera se llama la agonía de Jesús en el huerto de Getsemaní, en el momento en que sus amigos y sus fieles, no pudieron, ni siquiera durante algún tiempo, velar con Él. Aprendió que tenía que adentrarse en la soledad; en la segunda escena, se eleva el lamento de la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Estas experiencias se refieren a la cuarta gran Iniciación, en el momento en que el hombre, abandonado a sí mismo, aprende a apoyarse únicamente en el Ser interno, a comprender que, personalmente, no es más que una expresión de lo Eterno en el mundo exterior. En esta última y gran prueba, el discípulo se expone siempre a sucumbir.

Al discípulo le aguarda una tarea doble: tiene que matar a la vez el sentido de separación, y aprender a permanecer solo, a fin de hacerse fuerte —fuerte como el ser divino que hay en él. Como una estrella en el firmamento, tiene que reflejar la luz sin pedírsela a nadie. La experiencia del aislamiento sólo puede instruirle. Y sin embargo, la sensación de estar aislado es una ilusión porque el discípulo está en lo Eterno. La ilusión contribuye al hundimiento de todas las formas antes de que en la conciencia haya nacido la certeza de nuestra unidad, de nuestra identidad con lo Eterno.

Este aforismo, seguido de su comentario, presenta todavía otras ideas importantes. Hay una etapa en que el aspirante tiene que mantenerse alejado de sus semejantes; su debilidad y no su fuerza son el motivo. Un hombre es a veces muy poco diferente de las personas que le rodean, todavía comprometidas en la vida inferior que él ya no desea para sí; está pues convencido de que si sigue relacionándose todavía con esas personas, sus vicios provocarán su propia caída. El sentimiento de repulsión es pues útil y, si bien es característica de una etapa de desarrollo poco elevado, el discípulo hace bien en hacer caso a este sentimiento y en evitar la compañía

de estas personas.

Si un hombre habla con horror de tal o cual vicio, podéis estar seguros de que hasta hace poco ha sido esclavo de él; recientemente ha tenido que luchar contra ese vicio y la conciencia interna, que no olvida nada, le pone en guardia ahora. En una etapa posterior, el hombre que ha llegado más arriba ya no tiene necesidad de mantenerse aparte de los que todavía siguen pecando; pero en tanto que no haya alcanzado esta etapa, mientras un impulso llegado del exterior sea capaz de hacerle caer en el vicio, lo más seguro es huir de la tentación hasta el momento en que tendrá la fuerza suficiente para entrar en el medio vicioso sin sentir ninguna atracción. En general, para que un hombre domine su horror y su disgusto, es necesario que el vicio haya perdido para él toda posibilidad de seducción.

Llega el momento en que el discípulo deberá ver, en el pecador a un hombre que necesita ayuda; el mismo recuerdo de sus faltas pasadas hará que esta ayuda sea posible. Es imposible ayudar a nuestros semejantes mientras nosotros mismos estemos expuestos a caer; para ayudarles, sin sentir atracción ni repulsión, hace falta que reconozcamos nuestra identidad con aquellos que luchan. Entonces nos acordamos de que el pecado del mundo es nuestro propio pecado y que, verdad profunda, ningún hombre puede llegar a la pureza perfecta mientras exista otro que todavía siga manchado. La vida de la humanidad es la nuestra durante tanto tiempo como nosotros permanezcamos en sus filas; de otro modo, habría que renunciar a la humanidad. El vicio de cualquier hombre es nuestro vicio en tanto que, a su vez, él no lo haya eliminado. La salvación del mundo depende totalmente de esta verdad.

Ese tiene que ser el pensamiento de todo discípulo some-

tido a una tentación particular; tiene que comprender que no debe ceder a la tentación porque su caída sería una caída para toda la humanidad. Esto debería bastar para alejarle del mal. Supongamos que al esforzarnos por imaginar la vida de la humanidad, buscáis vencer ésta o aquella debilidad; sentiréis entonces que vuestra victoria personal no es para vosotros mismos sino para todos. El conjunto de la humanidad sale favorecida de los esfuerzos y de los éxitos de una parte de sus componentes. Esta idea os transmitirá a menudo una gran fuerza. Realmente, vale la pena luchar para todos, en lugar de hacerlo para vuestro propio yo personal.

C.W.L.— A veces ocurre que estas instrucciones se aplican con excesiva severidad y con ayuda de la exageración se les concede un carácter de irrealidad. Es necesario que, aquí abajo, reconozcamos que en el plano físico la separación es un hecho. Si bien nuestros sentimientos también pueden ser lo más fraternales posible, no es menos cierto que en el espacio, nuestros cuerpos están separados. A veces se quiere negar esto, llevando la idea de la no separación hasta límites absurdos. En ocultismo esto siempre es un error. La doctrina oculta siempre es la expresión más elevada de la razón y del buen sentido, y cada vez que nos encontramos en presencia de un concepto claramente irrazonable, podemos estar seguros de que es una equivocación. En algunos casos, la idea puede parecer irrazonable porque no conocemos los hechos, pero cuando llegamos a conocerlos todos y la explicación sigue manteniendo su apariencia irrazonable, es lícito ponerla en duda y esperar algunas aclaraciones.

Si en el espacio nuestros cuerpos físicos están separados, a decir verdad, lo están menos de lo que parecen. Reaccionamos los unos sobre los otros hasta el punto de que, en realidad, nadie puede en modo alguno vivir realmente solo.

Si un cuerpo físico es atacado por una enfermedad, los que están cerca de él están expuestos al contagio. Si el cuerpo astral está enfermo, en el sentido de que se deja llevar por la ira, la envidia, los celos, el egoísmo, etc., constituye un foco de contagio, porque sus vibraciones se propagan y porque a su alrededor, los cuerpos astrales se verán afectados, hasta cierto punto, por esta irradiación. Cuando, por ejemplo, las personas se reúnen en una misma sala, sus cuerpos astrales se interpenetran de un modo bastante marcado, porque el cuerpo astral de una persona normal sobrepasa unos cuarenta y cinco centímetros la periferia del cuerpo físico, algunas veces incluso más, de modo que, sin tocarse, estas personas tienen que influir considerablemente las unas en las otras. Esto sigue siendo verdad para el cuerpo mental, e incluso nuestros cuerpos causales están separados, tanto por espacio como por condiciones. Así, al interpretar esta prescripción de matar el sentimiento de separación, no ignoremos los hechos naturales.

No hay separación en el plano búddhico donde las conciencias no actualizan necesariamente su fusión con el nivel más inferior, sino que se amplían gradualmente. Al alcanzar el nivel superior del plano búddhico, y después de habernos desarrollado plenamente en todas sus subdivisiones, nos sentimos conscientemente uno con la humanidad. Sólo a partir de este nivel es cuando la separación es absolutamente inexistente; la unidad consciente con todos los seres corresponde al siguiente plano, el plano nirvánico.

Imaginad que todos pudiéramos desarrollar en nosotros mismos y simultáneamente la conciencia búddhica. Cada uno constataría que se ha elevado hasta allí y que su conciencia encierra a todas las demás, pero sentiría siempre que esta conciencia inclusiva es la suya. Ninguno de nosotros no habría perdido el sentido de su individualidad; por el contra-

rio, ésta se encontraría ampliada como nunca lo había estado. A cada uno le parecería que se manifestaba igualmente por los demás. En el fondo, la conciencia que estamos destinados a conocer es la Conciencia Única de la que todos formamos parte, la conciencia del mismo Logos.

En el plano nirvánico es cuando comprendemos con la máxima intensidad esta verdad: todo lo que habíamos tomado por nuestra conciencia, nuestra inteligencia, nuestra devoción, nuestro amor, eran en realidad *Su* conciencia, *Su* inteligencia, *Su* amor, *Su* devoción, manifestándose a través nuestro como una luz atravesando una lente. Para el hombre, esta comprensión no es total en el plano búddhico, pero se convierte en realidad en el plano inmediatamente superior.

En las *Estancias de Dzyan*, se dice, con relación al ser humano: "La chispa pende de la llama por el tenue hilo de Fohat"¹. Yo creo que esto puede aplicarse a diversos niveles. Por lo que a nosotros se refiere lo podemos interpretar de esta manera: el ego está sujeto a la Mónada por un hilo muy tenue y este hilo atraviesa todo el plano búddhico. El hilo más fino que se pueda imaginar; he aquí todo lo que representa el hombre ordinario en estos niveles búddhicos. Desde el momento en que el hombre dirige su atención hacia esas alturas, cuando piensa en ellas con regularidad y las tiene como su objetivo, este hilo empieza a aumentar en grosor, se va pareciendo cada vez más a un cable, y más tarde, a un embudo, porque se va ensanchando por arriba (un clarividente lo expresaría de esta manera); después, desciende al cuerpo causal que, en ese momento tiene unas determinadas

¹ La Doctrina Secreta, vol. I.

proporciones. Más tarde, el mismo cuerpo causal se ensancha por el torrente de fuerzas que en él se vierten y el embudo, al irse haciendo cada vez más grande, se ensancha al mismo tiempo por arriba y por abajo. Cuando tiene lugar la primera iniciación (muchas personas han realizado esta experiencia mucho antes) el hombre abandona el cuerpo causal y se sumerge en el plano búddhico. En este momento, como ya he dicho, el cuerpo causal se desvanece absolutamente; este cuerpo, el único elemento permanente conocido del hombre durante una larga serie de existencias, después de su salida del reino animal, desaparece. Al mismo tiempo, el embudo se transforma en esfera. Me resulta imposible una descripción verdadera, porque allí hay más dimensiones que aquí, pero así es como se le aparecen las cosas al clarividente.

Después de haber recibido la primera Iniciación, el hombre, antes de poder recibir la segunda, entre otras debilidades tiene que superar totalmente el sentimiento de separatividad. Este sentimiento constituye la primera de las diez *Sanyojana*, u obstáculos que tiene que sortear al avanzar en el Sendero, y este rechazo final e inapelable le es posible gracias a la experiencia que forma parte de la primera Iniciación: entonces, momentáneamente, el hombre roza la Conciencia búddhica. No significa necesariamente que pueda encontrarse en este estado de conciencia a voluntad: pero, por lo menos, lo ha experimentado; a partir de entonces, al haber sentido la unidad, sabe que ésta existe, aunque, sin la ayuda del Maestro puede que no sea capaz de penetrar en ella nuevamente; así pues, el sentido de separatividad se ha convertido para él en una ilusión. Casi nos resulta imposible aquí abajo, en el cuerpo físico, darnos cuenta realmente de ello; hablamos sin cesar de ella, tratamos de persuadirnos de que la sentimos pero, sinceramente, yo creo que es casi

imposible mientras el hombre, tanto tiempo revestido de un cuerpo físico, no haya realizado todavía esta elevada experiencia. Llegamos a una convicción intelectual, pero sentir realmente la unidad, ya es otra cosa.

Al empezar a estar activo en el plano búddhico, el hombre entra en él por el nivel más inferior pero al principio no puede darse cuenta ni siquiera de este sub-plano inferior. Experimenta una inexpresable intensidad de beatitud y, al mismo tiempo, una ampliación de conciencia que, al superar todo lo que él había podido comprobar hasta entonces, sin duda le induce a pensar que esta ampliación de conciencia se extiende al mundo entero. Sin embargo, esto es un completo error. Cuando está bastante acostumbrado a este nivel superior para que le sea posible hacer un análisis, se da cuenta de que su ampliación de conciencia, aunque sea muy considerable, sin embargo no es completa ni universal. Gradualmente, aumenta su esfera de acción, un poco como si se tratara de un ejército instalado en un territorio conquistado: al principio se instala en él, a continuación y de un modo gradual, la región bien conquistada se extiende a todo el país. El hombre se dedica luego a pasar conscientemente al sub-plano vecino; sin embargo, puede irse elevando de sub-plano en sub-plano, hasta el más elevado, sin haber constituido necesariamente todavía el vehículo búddhico. El hombre que a través de la meditación o por el propio esfuerzo está a punto para la conciencia búddhica, siempre puede alcanzarla. Para el hombre que se ha procurado definitivamente un vehículo búddhico, esta conciencia constituye permanentemente el fondo de su conciencia física inferior, astral o mental. Se trata de un progreso diferente y especial, también difícil, porque exige la eliminación del cuerpo causal, la destrucción de este muro que separa.

La persona cuya conciencia está activa en el plano

búddhico durante la meditación descubre que, si bien comparte toda la maravillosa conciencia de este plano, queda sin embargo un pequeño círculo de vacío que la separa de lo de más allá; esta ligera valla, se entiende, es el cuerpo causal: en sí éste tiene que desaparecer a fin de permitir el desarrollo del vehículo búddhico. Entonces, se siente la realidad de la Vida liberada de una manera imposible de describir aquí abajo. Madame Blavatsky lo expresó así: “un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna” — una bella y expresiva definición. Desde luego que es una paradoja, pero es imposible decir nada respecto a estos estados de éxtasis que no sea paradójico.

Con el sentimiento de unidad definitivamente afianzado, a pesar de todo lo que estas palabras puedan tener de paradójicas, el hombre tiene la impresión de que a este nivel su vehículo ocupa todo el plano, como si él mismo pudiera transferir su foco de conciencia a cada punto de ese plano, sin abandonar por eso el centro del círculo. Una experiencia absolutamente imposible de describir. Esta impresión está saturada y acompañada incesantemente de un sentimiento de máxima beatitud —beatitud de la que nada en los planos inferiores puede proporcionarnos la menor idea, una beatitud intensa, activa, ardiente, que desafía toda imaginación. Aquí abajo, en los escasos momentos en que experimentamos algo que merezca este nombre, la beatitud consiste en no experimentar dolor alguno. Aquí abajo, disfrutamos de beatitud o de felicidad cuando, por unos momentos, dejamos de sentir fatiga o sufrimiento, cuando, al poder relajarnos, disfrutamos de influencias agradables. Esta es una sensación bastante negativa. En el plano búddhico la beatitud es una sensación prodigiosamente intensa y viva; realmente no sé como expresarlo. Imaginad la actividad más intensa que hayáis podido experimentar; reemplazad esta actividad

viva, ardiente, por un sentimiento de beatitud; después, elevado esto espiritualizándolo, hasta un plano muy superior, hasta la *enésima* potencia; tal vez así obtendréis una idea de la beatitud búddhica.

Se trata de una realidad activa con una fuerza irresistible; no tiene nada de pasivo; no se descansa. Aquí abajo, estamos sometidos a tantos esfuerzos laboriosos que el descanso ocupa siempre un lugar muy grande en nuestro ideal, sea el que sea; allí arriba, no experimentamos ni sensación ni necesidad de descanso. El hombre se ha convertido en una formidable energía encarnada, que se expresa expandiéndose hacia fuera; en su conciencia, la idea de descanso o la necesidad de descansar no figuran para nada. Lo que nosotros llamaríamos aquí descanso, parecería allá bajo una especie de negación. Nos hemos unido a la manifestación de la energía divina y esta energía es una vida activa. Se habla del reposo del nirvana, pero desde el punto de vista inferior. La intensidad de la energía, he aquí lo que caracteriza realmente esta vida superior —energía tan extraordinaria que no se traduce en ningún género de movimiento ordinario, sino más bien en un fluido inmenso e irresistible que, visto desde abajo, podría parecer descanso, pero que significa conciencia de poder absoluto. No hay palabras para expresar todo esto. Llegados aquí, hemos vencido definitivamente la gigantesca cizaña —nuestra gran enemiga— el sentimiento de separatividad. Es, en resumen, la tarea más ardua que nos espera, por que implica todo lo demás.

Cuando el cuerpo búddhico se ha desarrollado por completo en los siete sub-planos, y sólo entonces, el hombre entra en posesión del plan total y de la facultad de identificarse de un modo completo con el conjunto de la humanidad; esta facultad le permite conocer los pensamientos y los sentimientos de todos los demás hombres. Antes de haber adquirido

la conciencia búddhica, podemos esforzarnos por minimizar el sentimiento de separación, y puede que intelectualmente lo logremos; pero seguimos en el exterior, en el sentido de que no comprendemos a nuestros semejantes; para nosotros ellos siguen siendo un misterio absoluto, porque, para el hombre, el hombre es el más grande de los misterios. Durante largo tiempo podemos haber estado en íntima relación con las personas, sin llegar a conocerlas a fondo. Antes de acceder al plano búddhico, es posible que ningún hombre conozca nunca a nadie por completo. Pero, cuando consigue alcanzar ese plano, puede expandirse en la conciencia de los demás y, a través de sus actos, puede conocer sus razones para haber actuado de ésta o de aquella manera. En la conciencia búddhica, todas las cosas están en él mismo y no en el exterior, y las estudia como partes de sí mismo. Esto parece imposible aquí abajo, pero es lo que él experimenta. Toda la alegría, todo el sufrimiento de la humanidad son su propia alegría y su propio sufrimiento. Cuando quiere descender utilizando uno de los innumerables tentáculos, es decir, las conciencias de los otros hombres con los cuales él no es más que uno, puede experimentar y experimenta, efectivamente, todo lo que afecta a esta persona. Todo el sufrimiento del mundo está a su vera, pero él sabe con absoluta certeza que esto forma una parte indispensable del plan y que terminará de existir en los niveles superiores. Sin compartirlo menos vivamente, sabe que "Brahman es Bienaventuranza" y que la unión con la vida divina es una condición de infinito gozo interior. Es necesario adquirir este grado de desarrollo antes de poder ayudar plenamente a nuestros semejantes.

Cuando el ser humano alcanza esta nueva conciencia, después de algún tiempo se retira de los niveles físicos inferiores donde se arriesga a perder su calma y su equilibrio; él mismo es entonces un elemento del gozo divino. Regresando

a sus cuerpos mental, astral y físico, tal vez le asalten todavía pequeños contratiempos. Esto no debería ser así; no obstante, un gran intervalo separa la vida superior de la que es la nuestra en el cuerpo físico, donde las nimiedades pueden ser todavía muy irritantes. La posibilidad de impacientarse momentáneamente por una razón que afecte al plano físico, perdura incluso a un nivel superior, pero es solamente superficial. Las cosas por las que uno sufre realmente aquí abajo son aquellas que se juzgan irremediables. Imposible perder la esperanza después de haber alcanzado esta conciencia sublimada; absolutamente seguros de que la realidad siempre es la felicidad, sabemos que en los niveles inferiores todo sufrimiento es temporal y que este mismo sufrimiento no tendríamos que soportarlo si estuviéramos más cerca de la perfección.

En el plano búddhico, no sólo se adquiere la facultad de identificarse con la conciencia de los demás, sino también la de identificarse con todo. Todo se aprende por la vía interna y no por la externa. Si queremos estudiar un asunto, un organismo cualquiera o el modo de actuar de una ley natural, o cualquier otra cosa, incluso la conciencia del cuerpo causal, estamos obligados a hacerlo desde fuera y a considerarlo como externo a nosotros mismos. En el cuerpo causal, podemos proceder a este examen con una conciencia enormemente ampliada, con la facultad de conseguir de ese modo unos conocimientos infinitamente más vastos de lo que hubiéramos conseguido en los planos menos elevados. Pero, llegando al plano búddhico, la diferencia se convierte en básica. El motivo de nuestro examen se convierte en parte de nosotros mismos. Es difícil expresarlo con palabras porque aquí abajo no tenemos en absoluto nada parecido, pero disponemos de una gran ventaja si, al considerar las cosas, reemplazamos el punto de vista externo por el punto de vista interno.

Las peculiaridades son tan novedosas que, probablemente, podemos decir con toda razón: este es nuestro primer vislumbre del modo en que la Divinidad mira a Su universo, porque esta experiencia tiene que ser justamente la Suya; aquello que Ella debe considerar una parte de Sí misma (porque nada existe fuera de Ella). Su conciencia, pues, tiene que ser esta conciencia búddhica elevada a la enésima potencia, añadiéndole una penetración, una gloria y un esplendor del que nada, en ningún plano, puede darnos todavía ninguna idea. Se entiende muy bien el porque se llama a eso el mundo real, y a todos los mundos inferiores irreales, porque la diferencia es tan grande, nuestro cambio de actitud tan completo, que toda otra manera de considerar las cosas parece, efectivamente, irreal, ridícula, incluso aunque hayamos aprendido a considerarlas desde lo interno.

Alcanzar esta visión superior no es tan imposible como creen muchos estudiantes. Un determinado número de personas han logrado alcanzarla en la presente encarnación, ahora y aquí; con toda seguridad, está al alcance de aquellos que aceptan adaptarse a las reglas y practicar el altruismo absolutamente exigido, porque en tanto que perdure un elemento personal en el punto de vista del discípulo, éste no puede realizar ningún progreso en esta conciencia búddhica, lo cual depende de la anulación de la personalidad.

La idea de la separatividad, en la vida diaria se traduce de diversas manera y es de sabios vigilar estas manifestaciones. Una de ellas, y muy remarcable, es el deseo de ejercer la autoridad sobre los demás. Una mitad de este mundo busca eternamente mezclarse en los asuntos de los demás: un hábito tan arraigado que ni siquiera nos damos cuenta de ello; generalmente llamamos a esto dar buenos consejos. Una de cada diez mil veces, esto tal vez sea cierto, pero la mayor parte del tiempo se trata simplemente de afianzar nuestro yo

separado tratando de imponernos a nuestros semejantes.

Físicamente, tratamos de hacer que las personas actúen tal como queremos, y a ceder ante nosotros; intentamos sin cesar que adopten nuestro plan particular, sea el que sea; por el simple hecho de ser nuestro resulta que es el mejor plan del mundo y queremos imponerlo a los demás. Lo mismo ocurre a nivel intelectual: ahí la gente trata constantemente de imponer sus opiniones y sus ideas a los demás. El hombre que está en posesión de una viva inteligencia, gracias a ella, sutilmente y sin prisa, empieza a querer dominar a los otros. Por el mismo hecho de que su pensamiento es más penetrante y más poderoso que el de los demás, trata de amoldar el pensamiento de éstos al suyo propio. Es bueno y legítimo querer compartir con los demás todos nuestros conocimientos y de presentarles lo que hemos encontrado tan provechoso para nosotros mismos; pero, generalmente, esta no es la idea que guía al deseo de dominio intelectual; éste deseo va acompañado de cierto menosprecio por los otros. Nos decimos a nosotros mismos: "Estas personas son como borregos; podemos influirlos; podemos dirigir sus pensamientos según nos plazca". Es bien cierto que el hombre habituado a pensar cómo deberíamos ser todos nosotros, gracias a la meditación y al estudio puede dominar con gran facilidad el pensamiento de los demás, pero no debemos hacerlo porque todo lo que tenga algún parecido a querer dominar es nocivo para la evolución de los demás y no representa ninguna ventaja para nosotros. Así pues, es necesario resistirse también a este deseo del dominio intelectual; va unido al vicio de la separatividad.

Una vez superado esto, respecto a este punto de vista queda otra posibilidad superior: y es la de que en el campo espiritual intentemos inducir todavía a nuestros semejantes a seguir nuestro propio camino; de ahí, todos los esfuerzos

que tienen por objeto la conversión de los hombres de una religión a otra. Tal vez no sea demasiado justo expresarlo de esta manera. Así, en el cristianismo, partiendo del principio —grandísima ilusión— de que, a menos que se adopten sus reglas los hombres se preparan un doloroso futuro, los esfuerzos dedicados a su conversión toman un barniz de altruismo; el cristianismo dice a los hombres: “Mi doctrina es ortodoxa, la vuestra es heterodoxa”, o bien: “Esto que yo creo es la verdad, es necesario que la aceptéis”. Cuando, después de haber crecido espiritualmente, hemos adquirido muchos conocimientos que no poseen los demás, es bueno y conveniente predicar nuestro evangelio, querer compartir nuestros descubrimientos con nuestros semejantes y facilitarles todas las ocasiones posibles para que nos sigan hasta esas elevadas cumbres del pensamiento; pero, si a este deseo se mezcla el de dominarles, deseo que a menudo acompaña muchas buenas cualidades, nos volvemos a encontrar con algo del yo separado; “la cizaña gigantesca” no ha sido arrancada definitivamente.

Es necesario también rechazar absolutamente el deseo de dominar porque mientras un hombre trabaje por el yo separado, él mismo pertenece a la gran masa de vidas separadas que para la evolución representan un terrible peso muerto. Desde el momento en que este hombre empieza a concebir la unidad, se separa del peso a rescatar y empieza a cooperar con aquellos que le elevan.

Mantenerse solo y aislado significa que no hay que depender de nadie, aparte de nosotros, porque no existe ser ni cosa separada que, a fin de cuentas, pueda servirnos para nada. La ayuda hay que buscarla en uno mismo. El Maestro puede secundar constantemente nuestros esfuerzos, pero en Sí, Él no puede colaborar en nuestro plan; no deja de presentarnos ideas y ayudarnos de todas las maneras posibles,

pero, cada paso del trabajo tiene que ser acometido por nosotros mismos. Al ir avanzando, hay que poder permanecer en una soledad que nos parece total, sin la ayuda directa del Maestro. Sin embargo, esto es una ilusión, porque nadie está realmente separado del Maestro, o de la Divinidad de la que este Maestro forma parte. No obstante, hay que actuar como si estuviéramos solos y, en algunas etapas de nuestra evolución, nos sentiremos absolutamente solos. Al mismo tiempo, un esfuerzo intelectual, difícil con toda seguridad en nuestra situación, nos permite reconocer la imposibilidad de estar jamás realmente solos. Formamos parte de Dios, sin posibilidad de que esta unión tenga fin; de otro modo seríamos inconscientes.

Formamos parte de aquello que no puede tener fin; por eso la idea de la soledad es una ilusión, a pesar de todo el dolor, de todo el sufrimiento que esa soledad nos reporta. En el plano físico ocurre a menudo que cuando un hombre se cree la persona más aislada del mundo es cuando lo está menos; en medio de una muchedumbre, las cosas superiores actúan menos sobre él, está pues más alejado de ellas; pero cuando estas cosas separadas le agobian menos, está mejor dispuesto a las influencias del Yo no separado. Es cierto, pues, que el hombre no está nunca menos solo que en los momentos en que se cree o se siente el más aislado.

Apenas puede concebirse la terrible sensación de sentirse absolutamente solo en el universo —un punto flotando en el espacio: esta es la condición llamada *avichi*, es decir, “sin vibraciones”. En este estado de conciencia al hombre le parece que se encuentra aparte de las vibraciones de la Vida Divina; se dice que es la más terrible de las experiencias. Así termina el mago negro que ha pasado numerosas existencias luchando voluntariamente y metódicamente por la separatividad, combatiendo directamente las energías unifi-

cadoras de la evolución. El discípulo del Maestro tiene que aprender a sentir comprensión incluso hacia el mago negro que sufre el *avichi*; es, pues, necesario que el discípulo, en el curso de su desarrollo, experimente alguna vez este estado de conciencia; aunque no lo consiga más que un instante, la impresión es inolvidable; a partir de ese momento sabrá comprender siempre el sufrimiento de aquellos que durante edades se encuentran en esa condición. Cuando llegue para nosotros el momento recordemos que todo lo que existe es Dios y que no podemos estar separados de Él, ni siquiera cuando pensamos que lo estamos: tengamos bien presente que ésta es una ilusión final que hay que vencer.

Todos hemos de estar solos y aislados, porque cada uno de nosotros tiene que aprender a contar consigo mismo y a comprender que él es Dios, que la chispa divina que brilla en su interior forma en realidad parte del Conjunto. Mientras no hemos llegado a eso, para las fases superiores de la obra del Maestro no somos agentes en los que se pueda confiar plenamente. Mientras tanto, para nuestro trabajo de aquí abajo, tanto que sea físico, como astral o mental, la seguridad de que el Maestro no deja de envolvernos y de mantenerse cerca es para nosotros una gran fuerza y un gran sosiego. Cada noche desempeñamos en el plano astral o en el plano mental, según sea el caso, nuestra tarea habitual, sabiendo siempre que el poder del Maestro nos protege. Si en un momento dado, nos encontramos con una influencia inmensamente superior a nosotros mismos y que amenaza con avasallarnos, como lo harían en el plano físico una violenta tempestad o un terremoto, siempre sabemos que podemos apelar incondicional e infinitamente a Su poder. Por otra parte, el discípulo tiene que aprender a prescindir incluso de esto, pero únicamente con el fin de poder convertirse en un centro tan poderoso como el del mismo Maestro.

No imagines que puedes mantenerte aparte del hombre malo o del insensato. Ellos son tú mismo, aunque en menor grado que tu amigo o tu Maestro. Pero si dejas que la idea de separación de cualquier cosa o persona mala se desarrolle en tu interior, al obrar así creas karma que te ligará a aquella cosa o persona, hasta que tu alma reconozca que no puede estar aislada.

C.W.L.— Esta es la primera parte de una larga nota del Maestro Hilarión. En teoría, creemos sin duda que los hombres forman una inmensa confraternidad y, verdaderamente, un solo todo. El Maestro admite aquí que esta unidad implica grados; que, por consiguiente existen grados de separación, es decir, que en cierto modo, estamos más separados del malvado o del insensato que de nuestro amigo o de nuestro Maestro. A menudo se le ha dado a este término el nombre de fraternidad humana, el sentido de igualdad entre los hombres, lo cual, en realidad es imposible. En toda familia con varios hermanos, éstos son de edades diferentes; lo mismo ocurre entre los miembros de la confraternidad humana, las almas tienen que ser más o menos viejas. Igualmente también, como en una familia física, le corresponde al mayor interesarse por la educación de los más pequeños; el mayor, en la familia humana, tiene que proteger a los más jóvenes y ayudarles por todos los medios. Quien dice fraternidad, dice variedad; implica, a la vez, esta diferencia de edad y la diversidad de ocupaciones.

He aquí uno de los más bellos símbolos de fraternidad que conozco. En una visión, a uno de nuestros miembros se le apareció un templo oriental sostenido por centenares y centenares de columnas y lo describió de esta manera: “Todas estas columnas contribuyen a sostener el templo; representan las almas individuales formando parte del templo de

la humanidad. Algunas de estas columnas están en el exterior; se las ve y se las admira continuamente; están expuestas al sol y a la lluvia. Otras se encuentran en el interior, perdidas en el bosque de columnas; jamás el sol las ilumina; jamás los paseantes las admiran. Algunas se elevan en lugares donde se reúnen los adoradores del culto, y éstos, desde la mañana hasta la noche están sentados y se apoyan en su zócalo. Otras columnas están relegadas a los lugares más solitarios, pero cada una forma parte del templo y todas tienen su utilidad. Así es la fraternidad humana. Algunas personas pueden tener la sensación de que desempeñan un gran papel; a otras les puede faltar toda ocasión de servir; sin embargo, todas sostiene una parte del edificio, y las segundas son las columnas del templo al igual que lo son las columnas más conocidas del público”.

Muchos de nuestros estudiantes se preocupan de afirmar su unidad con el Maestro y con los santos, pero no se preocupan tanto de afirmarla con los criminales, los borrachos, los indolentes, los sensuales, los crueles. Sin embargo, siendo la humanidad una unidad, hace falta que seamos uno con los hombres menos evolucionados así como con los más avanzados; en el segundo caso, se trata de una parte de nosotros mismos hacia la cual nos hemos de elevar, pero en el primero, se trata de una parte de la humanidad que hay que intentar ayudar. ¿Cómo? Primero, demostrando hacia esos hombres una actitud juiciosa; si nos apartamos de ellos con horror, si les odiamos, hacemos que su camino sea más difícil. Si dejamos que los sentimientos naturales y legítimos que despierta en nosotros la maldad influyan en nuestra actitud hacia la persona que la ha cometido, estamos en un error, error casi inevitable algunas veces, pero que el razonamiento puede lograr evitarnos.

Los médicos se encuentran con casos de las más repug-

nantes y horribles enfermedades de las que a menudo el enfermo es enteramente responsable, pero ningún médico serio piensa en ello al visitar al paciente; no se aparta de él con horror sino que considera la enfermedad como un enemigo que hay que combatir y vencer. He aquí un ejemplo muy bueno de la actitud que habría que adoptar cuando se trata de una persona degradada. Es muy probable que no tengamos ninguna influencia sobre un borracho absolutamente degradado y cuya voluntad casi no existe; pero no es alejándonos de él con horror o menospreciándole como le ayudaremos. Lo mismo sucede si un hombre comete un odioso crimen; podemos sentir el más vivo horror por el crimen, pero no por el culpable. La distinción resulta difícil; sin embargo hay que llegar a ello.

Otro punto a remarcar bastante curioso. Las cosas que nos inspiran el mayor horror son aquellas por las que sentimos una determinada inclinación y que no dejan de representar un peligro para nosotros. La ausencia de toda inclinación, ni siquiera de la más ligera, hacia un crimen cualquiera, permite considerarlo sin horror pero, si una persona experimenta un profundo horror hacia esa debilidad humana, puede decirse que esta debilidad le ha hecho correr un verdadero peligro no hace mucho, tal vez en la última o en la penúltima vida..

Cuando estamos rodeados de malas influencias, a veces tenemos que envolvernos en un cascarón para mantenerlas a distancia; esta es a menudo la mejor solución, puesto que todavía somos todos muy humanos pero, al mismo tiempo y hasta cierto punto, esto es la confesión de nuestras debilidades. El hombre absolutamente fuerte se expone sin vacilar a todos estos peligros al estar seguro de que éstos no pueden afectarle. Nosotros, sin pecar de imprudentes, no podríamos hacer lo mismo. Nuestra fuerza es limitada y la manera de

no desperdiciar una parte de ella es formar este cascarón. Un hombre totalmente seguro de su propia fuerza puede atravesar impunemente los peligros más diversos porque su seguridad es *verdadera*. La fuerza perfecta anula todo sentimiento de repulsión. Retrocedemos ante un mal infeccioso porque tenemos miedo al contagio; si estuviéramos seguros de nuestra inmunidad, la idea del contagio ni siquiera se nos ocurriría.

Si no hemos de considerarnos aislados de los malvados y de los necios, de esto no se deduce que tengamos que frecuentarlos siempre, a pesar de la ventaja de un contacto ocasional. Muchas personas caritativas, por ejemplo, buscan en una gran ciudad como Londres ayudar a los pobres yendo a vivir en los barrios más miserables. Algunos de nuestros estudiantes piensan que también ése es nuestro deber en relación con los malhechores y la gente privada de buen sentido. Esta clase de ayuda no siempre es la mejor. Tomemos ejemplo de los Maestros. Los Grandes Seres no descienden para vivir en los tugurios de las grandes ciudades. ¿Por qué? Porque así el Maestro no podría proseguir su obra de ayuda a la humanidad. Casi todo Su tiempo estaría ocupado preparando un lugar donde poder trabajar; tal vez ni siquiera llevaría a cabo la centésima parte de la obra que de otro modo hubiera realizado.

Para nosotros, el principio es el mismo: no existe la más mínima necesidad de someternos a las peores condiciones. Muy al contrario, nuestra ayuda, a menudo es más completa cuando conservamos nuestra libertad. Si nos encontramos atrapados en una muchedumbre particularmente frenética que, por ejemplo, desencadenan la ferocidad o la pasión, nos podemos rodear de un cascarón y protegernos contra la mala influencia, pero durante ese tiempo no se puede hacer mucho por la masa. Al contrario, si uno se encuentra lejos de

ella, dispondrá de más energía para dedicársela. De todos modos, si una masa de hombres no desarrollados están agitados por una pasión brutal, no es nada factible influenciarles desde planos superiores porque la energía así empleada no podría afectarles demasiado mientras siguen en esa actitud. Por lo tanto, si bien es inútil adentrarse en malos ambientes sin conocer el bien que podemos aportar; si nos encontramos en esta situación, es cierto que hemos de hacer todo lo que podamos. Me han dicho que hay predicadores que han entrado en los establecimientos de bebidas alcohólicas y han organizado allí un servicio religioso; su atrevimiento les ha comportado el éxito algunas veces. Naturalmente, en muchos casos este modo de proceder ha desembocado en un fiasco. En estas cuestiones, como en la guerra, una decisión heroica y aparentemente temeraria, puede tener éxito, pero generalmente se puede hacer más trabajando de un modo razonable.

Recuerda que el pecado y la ignominia del mundo son tu pecado y tu ignominia, porque tú formas parte de ello; tu karma está irresolublemente entrettejido con el gran Karma.

Aquí abajo, uno no se da cuenta, pero cuando se alcanza el plano búddhico se constata que esta frase expresa una verdad; allí decimos: “Yo comparto el inevitable sufrimiento de la humanidad; el mal que está en ella es mi propia vergüenza” —y esta convicción surge porque, como miembros de la humanidad, hemos participado en el pecado. En cambio, también participamos de todo el bien que se ha hecho. Un solo hombre ha avanzado un paso y nosotros vemos en esto una victoria para todos; por este hombre, el conjunto de la humanidad está un poco más cercano a la meta.

Y antes de que puedas alcanzar el conocimiento,

debes haber pasado por todos los lugares, execrables o puros. Por tanto, recuerda que el vestido manchado que rehuyes tocar, puede haber sido el tuyo ayer, o puede ser el tuyo mañana. Y si, horrorizado apartas los ojos de él, cuando penda de tus hombros se adherirá cada vez más a ti. El hombre que se cree muy justo y bueno se prepara un lecho de cieno. Abstén-te, porque abstenerse es bueno, no porque quieras estar limpio.

Este pasaje que pone fin a la nota del Maestro Hilarión, a menudo ha sido mal interpretado; algunos lo han entendido así: en un momento dado, cada individuo tiene que haber cometido todos los pecados posibles. Este no es, ciertamente, el sentido, porque el sabio saca una enseñanza de la experiencia de los demás. Cuando hemos visto que alguien se quema al poner su mano en el fuego, es inútil hacer lo mismo para asegurarnos de que éste no es un ejemplo a seguir. También es inútil cometer todos los crímenes posibles para saber a qué atenernos. En un momento determinado de la evolución, todos nos hemos elevado por encima de la condición humana primitiva y hemos pasado por las diferentes etapas de vida que desde ese punto nos han conducido hasta nuestra condición actual, pero de esto no se deduce que en cada etapa hayamos sido causa de mal. Cabe suponer que la mayoría de nosotros, en el curso de nuestra prolongada serie de existencias hayamos aprendido a conocer las distintas clases de errores en que puede caer un ser humano pero, realmente, no en todos sus detalles. Yo creo que para un alma sabia, el conocimiento de una de las formas de un pecado determinado representa la experiencia de toda una serie de errores similares.

Otro punto a tener en cuenta. Toda persona que adquiere la conciencia búddhica ya no emplea otra; todas las expe-

riencias humanas se convierten en sus experiencias. Para nosotros, la gloria y la maravilla de la conciencia búddhica consiste en que ella nos une a los Maestros. No olvidemos que también nos acerca igualmente a los viciosos y a los criminales; también es necesario que conozcamos sus sentimientos lo mismo que la gloria y el esplendor de la vida superior. Así pues, asentados en el plano búddhico, podemos familiarizarnos con la vida en sus aspectos inferiores y lastimosos, compartiendo la conciencia de las personas que atraviesan esas fases en particular. No es ninguna lección que tengamos que aprender, porque sabemos hipotéticamente que estas cosas son imposibles para nosotros, pero, para que nuestra comprensión sea perfecta se requiere cierta experiencia, de otro modo no podemos ayudar a los demás. El hombre cuya perfecta comprensión conoce intuitivamente las dificultades y las tentaciones de los otros y que, como consecuencia de esa comprensión, no siente más que amor hacia esos descarriados, para él, ese "vestido manchado" se convierte en su vestido. Después de haber abandonado definitivamente nuestro aislamiento y de haber realizado la unidad, observaremos que nos hemos sumergido en la Vida Divina y que el amor es el único sentimiento posible respecto a nosotros semejantes, desde el más sublime hasta el más abyecto.

6. Mata el deseo de sensación.

Estudia la sensación y obsérvala, porque únicamente así puedes empezar la ciencia del propio conocimiento y colocar el pie en el primer peldaño de la escalera.

A.B.— El discípulo debe estudiar sus propias sensaciones a fin de conocerse mejor, pero este conocimiento exige el

estudio metódico de sus propios pensamientos, estudio que lo llevará, en primer lugar, a no sentirse involucrado en ellos, a considerarlos objetivamente. Por si sólo, el estudio que hacéis de vuestros pensamientos ha cambiado vuestra vida, tan bien que por el momento habéis dejado de identificaros con ellos. Efectivamente, uno no se identifica con el objeto estudiado o examinado. Siguiendo una expresión propia de los seguidores de Shankaracharya, el sujeto y el objeto no se confunden jamás. El esfuerzo consagrado al estudio debilita, pues, las formas y, por si solo, contribuye a vuestra liberación.

A este consejo hay que añadirle otro: aprender por las experiencias a fin de que el hombre pueda llegar a dejar de verse afectado por ellas. Cuando una persona, con el fin de aprender, estudia una de sus propias sensaciones, puede llegar a esa misma sensación pero, al mismo tiempo, puede hacer más, es decir, puede medir su fuerza sin ceder a ella. También habrá momentos en que el discípulo, en el ejercicio de la observación de sus sensaciones, se apercibirá de que en él mismo se despiertan sensaciones que estaban latentes.

Todos nosotros tenemos reminiscencias; puede decirse que nos escoltan como personalidades muertas; una acción externa puede reanimarlas; pueden revivir al contacto de formas de pensamiento parecidas pertenecientes a otros, o también pueden ser despertadas intencionadamente por una entidad poderosa que quiere actualizar nuestra purificación, o ponernos a prueba, tanto del lado negro como del lado blanco. Si la personalidad muerta se reanima, su dueño experimentará lo que se denomina el poder de la tentación. Al haber estudiado el funcionamiento de todo esto, el discípulo constata lo que ha pasado; midiendo la fuerza del pensamiento resucitado, le dice: "Tú no eres mi Ser vivo; tú no eres más que mi antiguo *yo*; márchate".

A veces resulta útil, en un momento de tentación, darse cuenta de que se trata simplemente de una reanimación de vuestro pasado: entonces, y con razón, diréis: “Esto no soy yo”; considerándolo como exterior a vosotros, como ajeno a vuestra vida o a vuestra actividad, sabréis que ese pasado no puede reteneros ni mancharos. La confiada paciencia que os da esta seguridad es un gran revulsivo. Para vosotros se acerca el momento en que ni siquiera sentiréis esta tentación; muy pronto dejará de afectaros.

Con el metódico proceso que consiste en medir, en sopesar, en analizar sus sentimientos de antaño, el discípulo le arrebató a esta personalidad muerta la última posibilidad de revivir. He aquí el sentido que implica, en *La Voz del Silencio* la frase que se refiere al deseo: “Ten cuidado para que no se levante de entre los muertos”. Para que los sentimientos y los pensamientos sean anulados, no basta con enterrarlos y hacerlos invisibles. Es necesario también que el último fragmento haya llegado al final de su existencia y que el hombre, al examinarlos, se dé cuenta, con perfecta claridad, de su verdadera naturaleza y deje de considerarlos como una parte de sí mismo.

C.W.L.— Para empezar, es desde el exterior que hemos de observar primeramente en nosotros la actividad de la sensación. Mientras ésta nos domina, no puede enseñarnos nada, porque somos sus esclavos, pero si podemos elevarnos por encima de ella, mirarla desde lo alto y considerarla como los restos de nuestro pasado, podremos observarla y estudiarla.

Oleadas de sensaciones recorren el mundo entero; hay que llegar a entenderlas para poder ayudar a nuestros semejantes pero, naturalmente, eso no es posible para nosotros a menos que ellas dejen de influirnos. Es una cuestión de temperamento, sin duda, pero para mucha gente una de las

mayores dificultades estriba en el hecho de que se ven sacudidos por las sensaciones y las emociones antes de saber bien cómo dominarlas. Es como si, uno quisiera dominarlas poniéndose de pie en las rompientes. La persona no arbola una fuerza que le derriba sin cesar y después le arrastra. Lo que pasa es que las personas no comprenden que en realidad la emoción no es una fuerza externa como aquella, sino que, mora en ellos mismos y, es perfectamente susceptible de ser dominada, si uno sabe cómo hacerlo.

Para eso, y desde el principio, es necesario tomarla enérgicamente de la mano; una oleada de cólera, de depresión, de celos o de cualquier otra pasión, se forma instantáneamente y en seguida toma proporciones considerables; nace tan bruscamente y las personas están tan habituadas a considerarla como su yo que de momento no la reconocen y por consiguiente no la detienen en seco, diciendo: Yo no soy eso: me niego a dejarme llevar; yo no me muevo". Si llegamos a recordarlo a tiempo, la emoción se disipa rápidamente. La mayoría de la gente en un momento de absoluta calma toman la decisión de reaccionar positivamente, pero, desgraciadamente, cuando la oleada de sensación se lanza sobre ellos, justo en ese momento, no sienten el deseo de resistirse; al no ser consciente inmediatamente del peligro, el alma se deja llevar y se identifica con la emoción o la sensación. Es necesario, pues, aprender a rebatirlas desde su formación; si dejamos pasar ese momento, cuando la sensación está en su apogeo, se hace para nosotros más difícil detenerla súbitamente, si bien alguna otra persona a veces pueda hacerlo por nosotros. Después nos acordamos de nuestra decisión y lo lamentamos. Lo práctico consiste en dominar la sensación siempre un poco antes; si llegamos a suprimirla una sola vez antes de que ella haya emprendido libremente el vuelo, es probable que lleguemos a tiempo.

La dificultad inicial se deriva del hecho de que el hombre, el Yo, ha renunciado tan a menudo a sus derechos, que ha perdido la costumbre de hacerlos valer; pero, si los afirma en el momento crítico, descubrirá que puede afirmarlos una y otra vez, porque el elemental, origen de la dificultad, cogerá miedo y se dará cuenta de que, en sí, él no es invencible. Al principio, el elemental está lleno de seguridad, como un perro que se lanza sobre un hombre, ladrando y mostrando sus colmillos, porque cree que el hombre tiene miedo; pero si este último sigue su camino en lugar de echar a correr, el perro vacila y ya no está seguro del éxito. Ahora bien, el elemental no tiene la inteligencia de un perro. Puede saber o no, que nosotros somos más fuertes que él, pero si lo ignora, es porque nosotros no nos hemos afirmado. Hagámosle comprender que somos su dueño; y, a partir de este momento, dudará desde el principio en levantar su oleada. Detenedle inmediatamente y todo irá bien.

Es necesario aprender de las sensaciones analizando igualmente las de los demás; de ese modo llegaremos a comprender la naturaleza humana. Viendo a otras personas que son juguete de sus emociones, y pierden la cabeza, y observando ese penoso espectáculo y todo el mal que se hacen a sí mismos, aprendemos a reprimir en nosotros toda veleidad de hacer lo mismo. Naturalmente, cuando somos espectadores y estamos situados en el lado de fuera, ver todo eso en los demás resulta mucho más fácil que verlo en nosotros mismos. Sin embargo, no hay que observar a nuestros semejantes para criticarlos buscando su punto débil, sino únicamente para ver cómo su ejemplo puede enseñarnos. Cuando constatamos que impulsados por la pasión de una emoción o por un sentimiento de repugnancia su vida no es lo que podría y debería ser, podemos tomar nota mentalmente sin pensar, ni por un solo instante, que somos mejores que ellos. Podemos

decir: “¿No hubiera yo hecho lo mismo? Yo soy el que tengo que preocuparme para que esto no me alcance jamás”. Sin ánimo de criticar, cosa, que siempre es una fea costumbre, podemos pues aprender de los errores de los demás. Si en la desgracia ayudamos a otra persona, a pesar de la parte que tomemos en su dolor, no hay nada que reprochar a este pensamiento: “Yo no quiero caer, a mi vez, en el precipicio; basta con un solo accidente”.

Durante la guerra, inmensas oleadas de sensaciones inundaron el mundo; entre otras, una cantidad tremenda de repulsión y de odio hacia las potencias que combatíamos. Lejos de mi la intención de excusar las atrocidades cometidas por estas potencias; sé que lo hicieron porque yo mismo, astralmente, asistí a muchas de estas perversidades y pensando en la humanidad me llenaron de horror. Ni por un instante voy a negar estos hechos, a encontrarles explicación o excusas, pero el torrente de reprobación levantado por los criminales representó un gran peligro. La responsabilidad de estos actos atroces incumbía a sus autores y a las personas que las habían ordenado, y no a la nación entera. En el pasado, los ingleses hicieron muchas cosas con las cuales, en verdad, no quisiéramos identificarnos hoy. Puede decirse lo mismo de toda otra nación. No nos dejemos llevar por la injusticia, ni con el pensamiento, ni con la palabra, ni con la acción.

Nuestros enemigos se apresuraron intencionadamente a fomentar el odio contra nosotros. Tal vez lo hayan conseguido durante algún tiempo; esta fue una de sus argucias de guerra. Quizás descubrieron que esto tenía sus ventajas para procurarse hombres y dinero, etc.; un serio error moral; desde el punto de vista superior, al cometerlo, actuaron injustamente. Pero, en un caso parecido, nosotros también corremos el riesgo de experimentar el odio. Es necesario estar

absolutamente decidido a luchar hasta el último extremo contra el mal, sin que se manifieste el más mínimo pensamiento de odio. Recordad la palabra del Buddha: “Jamás el odio pone fin al odio”.

Ante el relato de las abominables atrocidades cometidas con las mujeres y los niños, nuestra indignación se eleva naturalmente al máximo. Es justo indignarse ante semejantes crímenes; son horribles, y toda personas con sus plenas facultades, debería denunciarlos sin vacilar, sin paliativos, sin excusas; sin embargo sería un grave error odiar al desgraciado criminal; es más digno de compasión que de censura. Nuestro papel no es el de censores; nuestro deber es el de procurar que esto no vuelva a suceder. Nuestra actitud tiene que ser la actitud de un hombre respecto a una bestia feroz que atacara a sus hijos; no perdería el tiempo odiándola, sino que procuraría alejarla. Hay que sentir el más vivo pesar por las personas que cometen estos actos porque sabemos el Karma que les aguarda. La masacre de mujeres y niños es una cosa horrible, más horrible tal vez para sus familias que para ellos mismos, pero horrible sobre todo para los criminales; hay que sentir la mayor piedad, por ellos, porque el tiempo les aportará sufrimientos infinitamente más crueles.

Nosotros haremos todo lo posible para impedir que se vuelvan a cometer de nuevo actos parecidos, pero el odio no ha de tener cabida entre nosotros. Es un caso donde *noblesse oblige*. Estamos muy por encima de los hombres capaces de cometer estos crímenes; en la evolución y en el desarrollo, nos separan de ellos muchas edades; también estamos tan alejados de ellos como ellos lo están del reino animal; en estas condiciones, deberíamos demostrar nuestro desarrollo superior no odiando como ellos.

Para analizar los efectos de la sensación hay que ser independiente, hay que situarse aparte de ella, hay que tratar de dominar la emoción y de ese modo aprender. Sin dejarnos arrastrar por cualquier remolino de emoción popular semejante, hay que tratar de descubrir dónde empezó y hacer lo que podamos por arreglarlo. Muchas personas, imbuidas de esa sensación de pasión extremada, nos encuentran un poco apáticos y fríos; tal vez incluso a veces, por nuestro rechazo a odiar, se nos achaque falta de patriotismo. Con el bien entendido de que esto carece de lógica; pero la lógica no existe para las personas influidas por estas grandes oleadas de odio. Podemos explicarles que el patriotismo no nos exige odiar a las otras naciones, pero ellos no siempre comprenden que cada uno puede amar a su propio país sin odiar a otro.

En estos temas, nuestra actitud es la que tomaríamos *vis-a-vis* de un contratiempo infantil. Una niña rompe su muñeca: crisis de lágrimas y desesperación; simpatizamos mucho con esa niña, pero sin prescindir de nuestra filosofía, y no compartimos sus apasionados lamentos. Ni la ruptura de una muñeca, ni cualquier pequeño incidente ocurrido en la vida escolar de la niña, nos conmueven. Pensamos en el futuro, y todos estos pequeños contratiempos, comparativamente hablando, no son más que temporales y carecen de mayor importancia, si bien para la niña importan enormemente. Faltaríamos a nuestro deber si le negáramos nuestra simpatía, pero sería absurdo compartir todo lo que la niña siente; por nuestra parte estaríamos actuando de una manera pueril.

Ocurre exactamente lo mismo con el hombre que aprende a adoptar una actitud filosófica; simpatiza con las personas a quienes acontecimientos por el estilo les trastornan, pero en sí, él permanece en calma. A un niño le diríamos: "No importa, todo se arreglará"; lo mismo diríamos a las

personas que se han dejado llevar por estas emociones: "Sólo con que quieras creerlo, todo se arreglará, todo irá bien". Al expresarnos de esta manera se nos acusará de insensibles; sin embargo nada es menos cierto. A veces nos resulta difícil entender la ceguera de nuestros semejantes; les vemos trastornados por cosas realmente insignificantes; a su vera se encuentran a menudo magníficas posibilidades, pero ellos no las ven y se convierten en juguetes del deseo. Como nosotros hemos hecho otro tanto hace millares de años, nos cargamos de paciencia; comprendemos que todo eso es una etapa de la evolución, etapa ciertamente muy poco deseable. Aquellos de entre nosotros que todavía se atreven a ceder a este tipo de emociones tienen que dominarse diciendo: "Hace veinte existencias tal vez esto era excusable; pero hoy, el tiempo para esto ya ha pasado". Si en la vida diaria vemos a un hombre de edad madura que desperdicia su tiempo en los placeres, sabemos que hace veinte años esto hubiera estado bien y hubiera sido correcto, pero que ahora debería ocuparse de cosas más serias. Igualmente, por nuestra parte, tendríamos que haber alcanzado un nivel en que las emociones fueran las emociones superiores y donde nuestra principal y única idea debería ser la tarea que Dios nos ha encomendado.

7. Mata la sed de crecimiento.

Crece como crece la flor, inconscientemente, pero ardiendo en ansias por abrir su alma a la brisa. Así es como debes avanzar para abrir tu alma a lo Eterno. Pero debe ser lo Eterno lo que debe desarrollar tu fuerza y tu belleza, y no el deseo de crecimiento. Porque en el primer caso floreces con la lozanía de la pureza, y en el otro te endu-

reces con la avasalladora pasión de la importancia personal.

A.B.— En una fase más avanzada de su desarrollo, el discípulo siente que se abre a lo Eterno y cada vez va percibiendo más sus bellezas. El deseo de crecer a fin de ser superior a su hermano le resulta entonces imposible. Antes de esta etapa todavía corre peligro, a causa de la importancia de lo que ya ha cumplido. Si atribuye este desarrollo al yo separado y él mismo se siente crecer, se arriesga a caer. Solo hay un medio para evitar este peligro: renunciar al deseo de ser grande; resistir las ganas de desarrollo en beneficio propio. Al llegar al plano superior de la evolución humana el discípulo tiene que ser indiferente a si crece o no, tiene que mantenerse al margen, preocuparse sólo de la Vida divina y de la Voluntad divina y pensar únicamente en el gozo que ellas pueden aportar a todos aquellos que les abren su alma.

C.W.L.— Hemos de crecer como crece la flor. ¿Por qué? Porque la flor crece sin pensar en sí y con un altruismo absoluto; no para exhibirse, sino para que, después de su muerte, su raza se multiplique. Su existencia no es para que fructifique para sí misma, porque el fruto sólo llega después de la muerte de la flor. En su crecimiento, nada para ella misma; todo para las plantas del futuro. Del mismo modo, no es pensando en nosotros mismos, sino trabajando para el bien de los demás que hemos de progresar. Sólo una grande y única idea tiene que atraernos: colaborar en la obra del Logos. Hemos de esforzarnos en adquirir todas las virtudes y todas las cualidades, pero únicamente con el fin de convertirnos en servidores más útiles. Por consiguiente, olvidándonos de nosotros mismos en nuestra tarea altruista, nos desarrollamos como partes del conjunto, “en el esplendor de la pureza”.

CAPÍTULO VI (LXII)

REGLAS DE LA 9 A LA 12

C.W.L.— Hasta aquí, en esta obra, lo que se nos ha presentado es el lado negativo. Se nos ha pedido la destrucción de determinados deseos, pero he aquí el lado positivo: vamos a aprender lo que podemos, y realmente debemos desear. Puede extrañar que se nos prohíba un determinado deseo; el lector que esté al corriente de los textos de la India recordará que sobre este punto los Upanishads difieren entre sí. Uno condena los deseos de todo tipo; incluso el deseo del bien, porque no hemos de tener absolutamente ninguna preferencia. Otra de estas célebres obras nos dice que hay que desear el progreso; añade que después de haber vencido todos los deseos, excepto el deseo del desarrollo del alma, no existe para el hombre ninguna posibilidad de pesadumbre. Estas dos explicaciones pueden conciliarse como sigue: la primera significa que si, como yo es separados, deseamos participar también en las actividades superiores de este mundo, soñando en nosotros mismos y en las grandes cosas de las que somos capaces, la idea de separación no ha desaparecido en absoluto. Si, por el contrario, llegamos a considerarnos como parte de la humanidad y realizamos nuestros progresos en pro de esa misma humanidad en la que nos encontramos, si toda noción de personalidad ha desapa-

recido, entonces nuestro deseo, elevado y purificado, se ha transformado en una aspiración muy recomendable.

9. *Desea únicamente lo que está dentro de ti.*

Porque dentro de ti está la luz del mundo, la única luz que puede difundirse en el sendero. Si eres incapaz de percibirla dentro de ti, es inútil que la busques en otra parte.

El pensamiento expresado en este comentario es común a todas las religiones si bien bajo formas distintas. La encontramos en el cristianismo, pero en general sólo los místicos cristianos parecen haberla comprendido. Vedlo en estos hermosos versos:

Aunque Cristo naciera mil veces en Belén — si no está en ti, tu alma quedará en el abandono — en la Cruz del Calvario habrá sido suspendido en vano, — si en tu corazón no se levanta de nuevo la cruz.

El sentido es fácil de entender: si el hombre no cree en su propia y profunda divinidad, no tiene ninguna esperanza de progreso al no poseer en sí mismo ningún medio de acción, nada que pueda elevarle; pero si reconoce en él mismo la existencia del maravilloso principio crístico, no ignora que el desarrollo de esta divinidad es una simple cuestión de tiempo y que tiene que cooperar por su parte estableciendo la armonía en sus vehículos externos para permitir que la gloria interior irradie al exterior. Este es el sentido de las palabras: “Cristo en vosotros, la esperanza de vuestra gloria”. La esperanza que reside en nosotros es esta chispa divina: el hombre que se niega a creer que esta chispa existe en su interior, levanta en su camino un obstáculo infranqueable en

tanto que no comprenda su error.

Es bien cierto que la salvación no se obtiene más que a través del Cristo —no a través de un hombre que vivió y murió, sino por el principio crístico que mora en nosotros. Nuestro salvador está en nosotros. Esa es la verdadera doctrina cristiana; como prueba podríamos citar numerosos textos. Por el hecho de no haber sabido reconocer esta sublime idea, la doctrina cristiana moderna, si podemos decirlo, sigue una ruta equivocada y se ha puesto en ridículo. Recordemos siempre que el cristianismo tuvo como punto de partida la admirable filosofía gnóstica; pero entre los cristianos, los ignorantes borraron de su religión toda idea que estuviera más allá de su alcance, toda idea que exigiera años de estudio, y expulsaron como herejes a los grandes doctores gnósticos; aplicaron a la religión, con todas sus desastrosas consecuencias, el voto de la mayoría para llegar a una decisión.

Al principio, el cristianismo poseía la más bella de las filosofías —la única filosofía que sirve de base a todas las religiones. En el momento en que, en los evangelios, concebidos como una alegoría, no se quiso ver más que la biografía pseudo-histórica de un hombre, la religión se volvió incomprendible. Como consecuencia, todos los textos que presentaban realmente el lado superior fueron falsificados y, naturalmente, ya no coinciden con la verdad que sirve de base a la idea. Actualmente, en el cristianismo, que ha olvidado una gran parte de su propia doctrina primitiva, se acostumbra a negar que éste haya poseído jamás una enseñanza esotérica. Sin embargo, no faltan pruebas para convencer al estudiante sin prejuicios de que estos conocimientos superiores existieron realmente y que los apóstoles y los Padres de la Iglesia los poseían. Ahora no puedo extenderme sobre este tema. Basta con recordar al lector que Orígenes, el más grande de los Padres de la Iglesia, afirma la existencia de esta doctrina

secreta. Establece una distinción entre la fe popular e irracional que lleva a lo que él denomina “el cristianismo somático”, y “el cristianismo espiritual”. Entiende por “cristianismo somático” la fe basada en la historia del evangelio. Y añade que es una buena doctrina para las masas, pero que el cristiano espiritual que posee la gnosis comprende que todos los incidentes explicados en ese relato —el nacimiento, el bautismo, la iluminación, la crucifixión, la resurrección y la ascensión— no ocurrieron una sola vez y en un solo lugar, sino que representan los pasos en la vida espiritual y en los progresos de todo cristiano.

La ortodoxia moderna aún basa sus creencias en la fe ignorante, propia de la multitud todavía no desarrollada; se obstina en rechazar lo que le queda de una herencia en otras épocas magnífica, es decir, algunos fragmentos infinitamente preciosos de la enseñanza gnóstica. Al haber perdido la interpretación superior, con un esfuerzo desesperado quiere presentar la interpretación inferior bajo una forma comprensible, pero sin lograrlo. Los estudiantes de Teosofía, que poseen unos conocimientos que les permite interpretar todas esas doctrinas extrañas y encontrar un sentido y una belleza, incluso en las ingenuas intervenciones de los predicadores en pleno auge, comprenden lo que estos predicadores expresarían con sólo que su ignorancia sobre el tema fuera un poco menor.

De modo que hemos de desear aquello que nunca ha dejado de estar en nosotros; no lo hallaremos en ninguna otra parte. En una época muy remota, esta verdad nos fue presentada en Egipto. Allí, todas las ideas religiosas tenían como centro “la luz oculta” y “el trabajo oculto”. “La luz oculta” era aquella que mora en cada uno de nosotros. “El trabajo oculto” permitía al hombre manifestar primero la luz en sí mismo y después continuar ayudando a que se desarrollara en

los demás. Este punto capital de la doctrina egipcia era así: la Luz está presente a pesar de todo lo que la oculta; nuestro trabajo consiste en apartar los velos y permitir que brille la Luz.

A menudo se comete el error de buscar esa Luz fuera de nosotros. Se dice: "Queremos que los Maestros nos ayuden; queremos que los Maestros nos eleven". Pero yo digo, con toda la reverencia y el máximo de respeto posible, que ni el Maestro ni el mismo Logos pueden hacerlo. El Maestro puede indicarnos la manera de elevarnos. El proceso es absolutamente análogo al desarrollo de la fuerza muscular. Nadie puede hacerlo por otro, pero el que posee los conocimientos necesarios puede enseñar al otro la manera de hacerlo; de ningún modo puede hacerlo una ayuda exterior. Puede que alguien nos diga que, al haber adoptado unas reglas y unos ejercicios determinados ha podido comprobar que los resultados eran buenos. El Maestro o el discípulo avanzado, evidentemente, puede infundir en nosotros una energía que facilite nuestra tarea, pero eso es todo. Y esto, en todos los niveles. Si no sentimos en nosotros el poder de responder a la belleza y a la gloria de la naturaleza, una y otra pasarán a nuestro lado sin apercibirnos. Si no podemos ver a Dios en nosotros mismos, es inútil que lo busquemos fuera. Cuando hayamos comprendido bien que formamos parte de Dios, el Dios interno responderá al Dios externo y empezaremos a ser realmente útiles en su trabajo, lo cual, en resumen, es el objetivo principal de nuestra vida.

10. Desea únicamente lo que está más allá de ti.

Está más allá de ti, porque cuando lo alcances te habrás perdido a ti mismo.

C.W.L.— He aquí todavía una sentencia cuyo paralelismo existe en la doctrina cristiana. El Mismo Cristo ha dicho muy claramente: “El que salve su vida la perderá; y el que la pierda a causa de mí, la salvará”.¹ Esto se va repitiendo muchas veces en los diferentes niveles. Observad al hombre mundano en su vida corriente, una vida hecha sobre todo de emociones, a veces las menos relevantes. Desde que empieza a comprender el lado superior se da cuenta de que existen intereses más elevados y más nobles, pero también constata que, a menos que abandone esta vida inferior y más grosera, no puede realmente alcanzar la vida superior; tiene que perder la primera para adquirir la segunda.

Un paso más, y el hombre vive sobre todo en su mente; se da cuenta de que dejarse llevar por las corrientes pasionales, en el fondo es innoble; que él pertenece a la mente que escoge y domina las emociones y que no tolera más que aquellas que aprueba; su progreso lo exige. Muy pronto, un nuevo paso hacia adelante: el hombre, al no encontrar la mente plenamente satisfactoria, advierte que hay una vida superior a la de la mente; entonces, gradualmente, empieza a vivir en el ego y a considerar todas las cosas bajo este punto de vista. Esto representa un gran progreso. Pero esto solo no le basta; descubre que más allá de esta etapa reina la unidad; adquiere así cierta experiencia del plano búddhico y, desde que ha rozado este plan, ya nada inferior podrá satisfacerle jamás.

A su vez, esta misma y extraordinaria conciencia búddhica será superada. Más allá se encuentra la conciencia del plano átomico, del nirvana. Y después, más arriba aún, está la Mónada. Aquellos que todavía no son Adeptos, ven la Mónada

¹ Mateo, X, 39.

manifestada como el triple espíritu sobre el plano inmediatamente inferior al suyo, pero cuando se ha llegado al adeptado, la Mónada y el ego no serán más que uno y no tendrán otra conciencia que la de la Mónada —la Chispa Divina.

En cada una de estas etapas sentimos que hemos alcanzado la libertad, que realmente hemos empezado a vivir, y luego nos damos cuenta de que existe un grado superior, tan elevado tan por encima de nuestro nivel actual, como éste lo estaba más allá de su precedente. En nuestra ascensión, hemos de ir abandonando sin cesar la vida inferior antes de alcanzar la vida superior. En otras palabras, hemos de perder la vida que conocemos antes de llegar a la vida superior que esperamos alcanzar. Al ir llegando a cada nivel descubrimos que hemos perdido el yo conocido hasta entonces, porque lo hemos trascendido; lo hemos perdido al encontrar un yo más elevado.

Está escrito que seremos uno con el Logos, que estaremos inmersos en Él. De este resultado final lo ignoramos todo; por lo menos, algunos de entre nosotros pueden afirmar, después de su experiencia personal, que en la progresión del alma han tenido lugar muchas inmersiones parecidas a diferentes niveles; en cada una, nos parece que nos hemos convertido absolutamente en uno con el punto más elevado que hemos podido alcanzar, sin perder nunca nada sin embargo de nuestro Yo verdadero. Por ejemplo, al alcanzar la conciencia búddhica y al perder el cuerpo causal, hemos perdido la vida inferior, pero ésta no fue nunca más que una manifestación muy imperfecta de una pequeña parte de nosotros mismos. Todas las ganancias que nos han reportado una larga serie de vidas, siguen presentes. Sólo nos hemos despojado de la forma exterior que sirvió de expresión a nuestras diversas cualidades. En un plano superior, siempre

poseemos las cualidades, brillando con mayor esplendor, pero su antigua forma desapareció. A fuerza de identificar la vida con la forma, muchas personas se imaginan que si perdieran la forma no les quedaría nada. Al contrario, nada de lo que se ha ganado se pierde jamás.

11. Desea únicamente lo que es inalcanzable.

Es inalcanzable porque siempre retrocede. Entrarás en la luz, pero jamás alcanzarás la Llama.

C.W.L.— Esto no significa que la vida superior, nuestra meta, está fuera de alcance, sino que más allá de toda cima conquistada, siempre vemos surgir un nuevo pico. Nos iremos acercando sin cesar a lo Divino y, sucesivamente, en cada nivel, nos uniremos a Él, pero la Llama, Su conciencia verdadera, no la tocaremos jamás. Nuestra ruta implica numerosas etapas, donde la belleza, a medida que nos vamos elevando, se vuelve cada vez más indescriptible. Independientemente de la elevación que alcance nuestra conciencia, independientemente de cuáles sean las glorias inefables a las que lleguemos, siempre vemos más allá glorias superiores. La Llama no deja de retroceder. En todo lo que se nos alcanza y nuestros conocimientos nos permiten creer, esta cadena de gloria y belleza crecientes no tiene fin. Más allá de esto cualquier especulación resulta inútil. Como en otro tiempo dijo nuestro Señor el Buddha, hablar del principio y del fin no sirve de nada, porque “velo tras velo se levantará, pero siempre habrá velo tras velo más allá”.

Quisiera transmitir a cada uno el sentimiento profundo e intenso experimentado por mí mismo de que nuestros pro-

gresos ulteriores son absolutamente ciertos, como lo son también la gloria, la belleza, la fuerza, la sabiduría y el amor maravilloso que los acompañan; que en cada paso el sendero asciende y cada vez resulta más imposible de describirlo en lenguaje terrenal, pero que, visto desde arriba y, prescindiendo del yo inferior, es necesario pasar a la vida de lo alto, en el Yo más amplio, en el Yo universal. Entonces, la gloria y el esplendor que son accesibles para el hombre, se convertirán en ilimitados.

CAPÍTULO VII (LXIII)

REGLAS DE LA 13 A LA 16

13. *Desea ardientemente el poder.*

C.W.L.— Esta frase es comentada así por el Chohan:

Y ese poder al que debe aspirar el discípulo es aquel que le hará aparecer como nada a los ojos de los hombres.

El poder que nos hace aparecer como nada a los ojos de los hombres es la facultad de eclipsarnos personalmente en el curso de nuestro trabajo y de llevarlo a cabo sin pensar que merecemos algún mérito. Muchas personas tienen interés a situarse en primera línea. Esto se considera a menudo como una especie de vanidad inofensiva, sin embargo es un signo de que todavía no han olvidado el yo inferior.

El discípulo no se atribuye el mérito de ninguna acción; su objetivo es realizar su trabajo, y con tal de conseguirlo le importa poco que el mérito se le atribuya a él o a otro. Si hay que ponerse delante de un grupo lo hace, pero sin pensar en vanagloriarse de ello sabiendo que, si es posible, siempre es preferible mantenerse en segundo término.

Siempre es ventajoso abstraerse de los resultados, hacer todo lo que podamos, y olvidarnos de nosotros mismos. Toda la enseñanza oculta conduce a este único punto fundamental: olvidad el yo inferior y poned manos a la obra. Algunas personas piensan constantemente en sus progresos. Sin duda que es preferible soñar en el progreso espiritual que no estar esperando la riqueza material, pero esto sigue siendo todavía egoísmo, si bien bajo una forma más sutil. Basándome en mi propia experiencia, yo diría que la manera más segura de progresar es la de olvidarnos totalmente de nuestro progreso y consagrarnos a la obra del Maestro. Entonces, el resto seguirá. Es la antigua verdad expresada en el Evangelio: "Buscad primero el Reino de Dios y Su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura".¹ Esta es la verdad en sí; el resto ya llegará. Cuando nos desentendemos de nuestros progresos, de repente observamos que los hemos hecho, y esto también es bueno.

Cuando, por primera vez, el hombre comprende lo que es realmente la vida en el cuerpo causal, se da cuenta también de hasta qué punto podría hacerse útil en ese nivel, y de todas las expresiones a las que podría dar vida su actividad; entonces, y de un modo natural, se pregunta: "¿No es mejor que emprenda la nueva y magnífica tarea que se presenta ante mí?" Mi costumbre ha sido siempre la de solicitar el consejo o los deseos del Maestro todas las veces que, al presentarse ocasiones excepcionales, sin embargo no estaba absolutamente seguro de si no sería mejor renunciar a ello. "Maestro, le decía, ¿que queréis que haga?" A menudo Él respondía: "La decisión es tuya". No queda entonces sino

¹ Mateo, VI, 33.

remitirnos a nuestro propio juicio. No hay reglas en estos casos. Yo estaría dispuesto a intentar la tarea más elevada, pero no olvidemos la advertencia que nos ha sido hecha tan a menudo: "Que el deseo de progreso personal no perjudique ningún trabajo útil puesto a vuestro alcance. Vuestro desarrollo llegará en su momento". Siempre he reaccionado así y pienso que es lo más sabio.

Gracias al trabajo realizado con este espíritu de abnegación adquirimos el poder que nos hace aparecer como nada a los ojos de los hombres. Si es necesario, aceptemos la humillación; contribuye a relegar la personalidad a un segundo término, y esto es lo que se necesita. Si se presentan ocasiones, aprovechémoslas, pero siempre diciendo: "Es la obra del Maestro y no la mía". Que cualquier servidor del Maestro tenga, más que otro, el privilegio de hacer para Él un trabajo determinado, poco importa. Nuestro papel es el de estar siempre a punto para no dejar escapar ninguna ocasión de encargarnos de una parte cualquiera de Su trabajo.

Comprendemos bien que en Su obra nada es pequeño, nada es grande, sino que todo trabajo, hecho y ofrecido al Maestro, por modesto que sea, es tan importante ante Sus ojos como otro que el mundo pueda juzgar más remarcable. Con frecuencia nos inclinamos por escoger lo que nosotros estimamos que es el trabajo más importante, porque no nos damos cuenta de que todas las partes del trabajo son igualmente necesarias. Por un momento, tratad de imaginar la manera como Él contempla todo eso desde la cima que representa para nosotros Su poder y Sus conocimientos más vastos. Todos estos detalles del trabajo tienen que parecerle insignificantes, cada uno tiene su lugar asignado en el conjunto.

Todos los problemas de la existencia, en apariencia tan

complejos, por no decir incomprensibles aquí abajo, se simplifican mucho para un observador situado en un nivel superior. Lo mismo ocurre en los niveles todavía menos elevados. Observad los seres microscópicos que viven en una gota de agua y descubriréis formas de vida a la vez bellas y complejas. Cuanto más penetramos en los dominios de lo infinitamente pequeño más se constata su increíble complejidad. Uno se pregunta cómo estos mundos pueden parecer simples, ni siquiera para la Divinidad; sin embargo lo son, porque basta situarse en los puntos de vista más elevados alcanzados hasta aquí por nosotros, para comprobar que estos resultados maravillosos son debidos a las permutaciones y a las combinaciones de las siete energías de la Vida Una. Los factores de la producción son simples y más numerosos; además, cuanto más se eleva el hombre, mejor es su comprensión, y lo que parecía imposible de imaginar aquí abajo, está absolutamente a su alcance, visto desde niveles superiores.

A justo título y respetuosamente, yo creo que se nos permite pensar que el Logos puede tener simultáneamente en Su mente todo Su sistema, y puede ver sin dificultad lo que allí pasa, incluso en los menores detalles. El conjunto, con toda su multiplicidad, tiene que ser instantáneamente asequible, como si estuviera representado en una hoja de papel. Para el Manú y para el Bodhisattva, el trabajo que consiste en modelar y guiar a las razas humanas, lo cual nos parece tan complejo e incluso confuso, tiene que ser absolutamente claro y preciso.

A nosotros nos corresponde el deber de servir al Maestro en nuestra pequeña esfera. Los detalles nos incumben a nosotros y no a Él. Lo que Él quiere es que el conjunto del trabajo llegue a buen término; todo lo que podamos hacer para contribuir a ello representa nuestra participación. Las

personas que estando mentalmente próximas a Él, en cierta medida y gracias a esta asociación, se han armonizado con Su modo de ver, experimentan siempre el vivo deseo de hacer incluso el trabajo más sencillo que les parezca útil. Por ejemplo, podemos escribir algunas líneas que cambiarán el curso de una vida humana; podemos dar una charla como conferenciantes, esforzándonos en influir en las opiniones de varios centenares de oyentes y, sin embargo, podemos fracasar. Nuestro papel representa un trabajo absolutamente real. Puede que algunos de entre nosotros estén ocupados hasta el punto de no poder hacer nada personalmente; en este caso, estas personas, probablemente tienen beneficios y tal vez podrían entregar fondos que permitieran a otros realizar la tarea necesaria. Hay muchas pequeñas maneras de trabajar, al alcance de cada uno. Es inútil esperar una gran ocasión diciéndonos que cuando ésta se presente, estaremos preparados para aprovecharla. Tendremos muchas más ocasiones de estar a punto si nos acostumbramos a hacer siempre las cosas pequeñas que ahora están a nuestro alcance.

Un hombre que trabaja sin pensar en absoluto en sus propios intereses personales, y dispuesto siempre a permanecer en segundo término, es una persona incomprendida por la sociedad; esto es inevitable. Se comprende y se admira a un hombre que esté dotado de una recia voluntad, que lucha por crearse un nombre, y que sale adelante. Desde el punto de vista del mundo este hombre ha triunfado: ha demostrado su valor. Puede muy bien ser que el ocultista sea más valiente todavía, pero sin manifestarlo de la misma manera; el ocultista, generalmente, busca pasar desapercibido; se da cuenta de que una de las principales cualidades requeridas es la de saber cuándo conviene mantenerse aparte, y cuándo le conviene dejar que la fuerza divina actúe, sin frenarla y sin estorbarla impidiéndole el paso. Nada más fá-

cil en apariencia; sin embargo, el hecho de que cientos de trabajadores son incapaces de hacerlo, demuestra que se trata en realidad de una gran dificultad.

El mundo se siente inclinado a considerar al ocultista como una persona sin gran fuerza de voluntad, siempre dispuesto a ceder. Esto es verdad por lo que se refiere a las pequeñas cosas de la existencia. El ocultista permite a los demás que actúen a su modo en las cosas que importan poco y, hasta cierto punto, se deja incluso gobernar; pero, en cuestión de principios no cede. La opinión de los demás le tiene totalmente sin cuidado. Las personas que, a cuenta de otro, se entregan, a parloteos y suposiciones, se equivocan nueve veces de cada diez; ¿qué puede, pues, importarnos lo que piensen de nosotros? De acuerdo con la expresión de Tennyson: "Dejadles delirar". Evidentemente, no quiero decir que debemos prescindir de todas las convenciones sociales. Al principio, algunos de nuestros miembros pensaron que era bueno distinguirse no vistiéndose para la cena, y así por el estilo. Es inútil transgredir así las normas. Además, me parece que si queremos que nuestras creencias se acepten, hemos de evitar ofender a nadie sin necesidad. La oposición violenta a las ideas de los demás no es una buena política. Si se trata de un punto que no tenga que ver con ningún principio, debemos ceder, simplemente, porque es absurdo enfrentarnos con las costumbres.

Por lo que se refiere a los principios, hay que resistir siempre. Por ejemplo: el régimen estrictamente vegetariano es para nosotros un principio porque, en todos los sentidos, lo consideramos el más ventajoso, no sólo para nosotros mismos, sino también para todo el mundo. Es un poco incómodo, cuando comemos fuera de casa o cuando vamos de viaje, pero aceptamos estos pequeños inconvenientes y mantenemos nuestro punto de vista. Pero, para una infinidad de otras

cosas que en el fondo no tienen importancia, es más sencillo que nos adaptemos a las costumbres normales de nuestra época. Referente a los trajes, por citar otro ejemplo: los trajes del hombre moderno son especialmente feos, incómodos y antihigiénicos, pero es más sencillo adoptarlos. Si nos negamos a ello, cualquiera que sea el carácter racional, estético y apropiado de nuestro traje, sería despertar una inoportuna atención y además nos tomarían, más o menos, por locos. No vale la pena. Es mejor evitar ponernos demasiado en evidencia oponiéndonos a condiciones que importan poco. Pero cuando se trata de un principio, hay que mantenerse firmes en lo que nosotros pensamos que está bien.

Si pudiéramos llegar a una actitud absolutamente impersonal en todo trabajo sería para nosotros de gran ayuda. Ruskin habla de esto a propósito del arte; él dice que si el elogio de sí mismo y la vanidad son de una vulgaridad indecible, la modestia exagerada también lo es en una u otra forma. Hay que buscar crearse una mentalidad que permita considerar el trabajo desde el punto de vista externo y decir: "Que lo haga yo para mí, o para vosotros, o para otro, será igualmente satisfactorio". Cuando se presenta la ocasión, hemos de poder elogiar un trabajo bien hecho, no porque sea obra nuestra o de nuestros amigos, o porque lleve un nombre ilustre, sino simplemente porque es un trabajo bien hecho, prescindiendo absolutamente de la personalidad del autor. Me temo que no siempre hacemos esto. Cuando citamos un pasaje no lo hacemos siempre porque sea hermoso, sino porque lo escribió Mme. Blavatsky o la Dra. Besant.

Sin embargo, en ciertos aspectos, tenemos absolutamente razón. Cuando un lector se encuentra con una afirmación relativa a un tema que ignora y que no puede verificar por sí mismo, para él es importante conocer al autor. Puede que diga: "La Dra. Besant afirma esto; tengo buenas razones para

creer que ella conoce bien la cuestión, de modo que acepto lo que dice". En resumen, hacemos lo mismo también con los temas científicos. En este campo hay muchos hechos indemostrables pero, por el hecho de que algunos hombres eminentes, después de haber estudiado estas materias, han llegado a tales o cuales conclusiones, nosotros las aceptamos. En cambio, si consideramos una hermosa frase de carácter ético, tanto en la Biblia, como en el Bhagavad-Gitá, en el Corán o en los Vedas, hemos de aceptarlas por su valor en sí. Se trata de la bondad de la expresión y de la belleza de la idea.

Si aceptamos o intentamos aceptar las cosas por su valor intrínseco, hay que tratar de apreciar nuestro trabajo particular en su justo valor y no dar por sentado que, por el hecho de ser nosotros los autores, tiene que estar necesariamente bien hecho. La mayoría de las personas capaces de hacer bien una cosa también conocen las imperfecciones de su trabajo. Si esa cosa sale bien, reconozcámoslo sinceramente; cuando descubramos defectos en nuestra propia obra o en la de otro, no dudemos en decir: "Mi opinión es otra; esto, o lo de más allá, podría haberse hecho mejor". Es bueno llegar a la actitud mental de que si una cosa es buena, nos permita hacer una completa abstracción de sus orígenes, y también dejar aparte aquello que no está bien, incluso aunque seamos nosotros los autores.

Tarea difícil, en verdad, porque si el hombre lo logra es que, desde las alturas del ego, su mirada desciende hasta nuestro mundo de aquí abajo. La misma mente inferior otorga en parte esta facultad, pero solo el cuerpo causal la confiere de una manera total. La mente inferior es capaz de discernimiento, y si lo utilizamos desde el punto de vista superior sin que el sentimiento personal llegue a cubrirlo con su sombra, cuando su desarrollo es completo se convierte en

una hermosa facultad. Estamos bastante orgullosos de nuestro desarrollo intelectual, en esta quinta sub-raza de la Quinta raza raíz, donde la facultad de auto-análisis de la mente inferior desempeña un papel muy importante, pero lo que llamamos inteligencia es poca cosa en comparación con lo que ésta se convertirá en el curso de la siguiente ronda, donde la inteligencia será realmente la facultad predominante. Estamos orgullosos de los éxitos alcanzados por la mente inferior, y no sin razón; en el terreno científico y en el de los inventos esta mente ha hecho maravillas. Pero hemos de ser capaces de echar una ojeada al futuro; también hay que haber visto a los Maestros, estos hombres del futuro, para comprender lo que tal vez seremos nosotros dentro de algunos miles de años. Puedo testificar que la actividad intelectual más elevada del presente es un juego de niños comparada con lo que será algún día. Es, pues, cierto que ante nosotros se presenta un magnífico horizonte.

Lo que las personas corrientes llaman su mente es exclusivamente la parte inferior de la misma. En esta mente hay cuatro subdivisiones, compuestas respectivamente de materia perteneciente a los sub-planos séptimo, sexto, quinto y cuarto, pero estas personas apenas utilizan otra materia que no sea la del sub-plano inferior, el séptimo, muy próximo al plano astral. Por consiguiente, todos sus pensamientos están teñidos por los reflejos del mundo astral; de aquí la mezcla de emociones, sentimientos y deseos. Todavía hay muy pocas personas que puedan actuar en el sexto sub-plano. Nuestros sabios ilustres, ciertamente, se sirven mucho de él; desgraciadamente, mezclan la materia del sub-plano inferior y entonces se vuelven celosos de los descubrimientos y de los inventos de los demás. Si llegan al quinto sub-plano, son ya mucho menos propensos a enredarse en el astral. Si se elevan hasta el cuarto sub-plano, es decir, a la parte superior

del plano mental, se encuentran en medio mismo de dicho plano que roza ya el cuerpo causal; a partir de ahí, ya no hay ninguna posibilidad de que su pensamiento se vea afectado por las vibraciones astrales.

Todo esto es comprensible. Una vibración se comunica tanto más fácilmente a un cuerpo cuanto mejor se armonice éste con la misma. Un hombre muy irritado se expone a despertar la emoción de la cólera en los cuerpos astrales de las personas que le rodean; al mismo tiempo, sus pensamientos inferiores se verán perturbados, pero jamás sus pensamientos superiores, si es que los tienen —la mayoría todavía no los tienen. He aquí, entre otras cosas, lo que nosotros, como estudiantes de Teosofía, tratamos de hacer en nuestros pensamientos y en nuestra meditación: y que es el despertar las partes superiores del cuerpo mental y de ponerlas en funcionamiento. Los que meditan regularmente sobre los Maestros y lo que a Ellos se refiere, tienen que utilizar en cierta medida, la región superior del cuerpo mental; cuanto más se utiliza, menos nuestros pensamientos se verán influidos por los deseos, las pasiones y las emociones. La mayoría de las personas todavía no han llegado hasta ahí; además, los pensamientos emitidos en el mundo en general, están muy coloreados por el deseo. La mayor parte de las formas de pensamiento que vemos están cargadas, a la vez, de materia astral y de materia mental.

Los hombres viven muy hacinados; de ello resulta que otras personas pueden afectarnos sin que ni siquiera piensen en nosotros. Con el bien entendido de que nosotros también les influimos, e intencionadamente, deberíamos tratar siempre de que nuestra influencia fuera positiva para ellos. Si nos esforzamos por ser un centro de paz y de amor absoluto, seremos de la mayor utilidad a todo lo que nos rodea, pero mientras sigamos siendo un centro de deseo y egoísmo,

haremos que nuestro desarrollo sea totalmente imposible, no sólo para nosotros mismos, sino también para todos aquellos que están cerca de nosotros, y esto es muy grave. Cada aspirante debería tomarse a pecho la idea de que impide el progreso de los demás cediendo al deseo personal.

Es imposible llegar a la aniquilación del yo sin haber extirpado antes todo deseo personal. No estamos hablando de nuestra dedicación a la tarea y a los Maestros; con seguridad que esto es lo menos que podemos hacer por Ellos. Incluso, si es necesario un gran esfuerzo, deberíamos consentir en ello por estos Grandes Seres que tanto han hecho por nosotros y a través de los cuales se nos ha transmitido toda la doctrina teosófica. No se trata de serles agradables haciendo estas cosas, si bien los progresos de aquellos a los que Ellos tratan de ayudar no pueden sino complacerles; se trata además de una cuestión de sentido común. Si queremos ayudar a la evolución, la primera y la más importante condición es la de poner manos a la obra. Es necesario imponer al yo inferior este dominio que nos hará aparecer como nada ante los ojos de los hombres. O sea, la acción de muchas de las mayores energías es invisible; nosotros podemos sumarnos a ellas y, en estas condiciones, podemos permitirnos aparecer insignificantes a los ojos del mundo.

14. *Desea ardientemente la paz.*

La paz que debes desear es aquella paz sagrada que nada puede perturbar y en la cual, el alma crece como crece la flor sagrada en los lagos tranquilos.

C.W.L.— Este breve aforismo está estrechamente relacionado con el precedente. El poder que se nos dice que debe-

mos desear, conduce a la paz; no hay paz para nosotros si no dominamos el yo.

Hay que haber encontrado la paz antes de poder darla a los demás, y la facultad de darla es en realidad uno de los más grandes y más hermosos poderes. La existencia de la mayoría de los hombres está llena de preocupaciones, inquietudes, celos y envidia; incesantemente bullen en ellos no solamente las emociones sino también los deseos insatisfechos. Muchos de aquellos que emprenden el estudio del ocultismo, es decir, de la realidad que está en el fondo de la vida, esperan poder continuar este tipo de existencia. Lo mismo ocurre con aquellos que pasan por haber estudiado el ocultismo durante muchos años, que buscan aproximarse a los Maestros, y que parece que no pueden renunciar todavía a sus deseos. No realizan ningún esfuerzo serio para desembarazarse de todas sus necias y preocupantes emociones, y luego se extrañan de no progresar y de ver que otros les adelantan. ¿Cómo pueden esperar adelantar sin haber dejado todo esto detrás de ellos? Mientras no nos hayamos liberado totalmente de estas inquietudes, todo verdadero progreso superior es absolutamente imposible para nosotros. Si queremos entrar en comunicación con el Maestro, es necesario que reine la paz perfecta en nosotros.

Se dice que la lucha es necesaria para el progreso. Es verdaderamente cierto que durante su evolución el alma atraviesa una etapa prolongada en la que está en un continuo estado de lucha y de combate. Con una mirada retrospectiva comprobamos que el progreso era más rápido en una vida borrascosa que en los momentos en que las condiciones fueron más fáciles. En este desbrozar del carácter, todas las penas y todas las dificultades encontradas por los hombres y la oposición con la que se topan, sin duda les enseñan algo: son las lecciones a aprender. En la etapa superior alcanzada

por el discípulo, este estado de lucha ha perdido su valor. El desarrollo de orden superior exige una paz perfecta. Un Maestro ha escrito: "La supervivencia del más apto es, para el bruto, la ley de su evolución; pero la ley del sacrificio es la ley de la evolución humana". Muchas personas piensan que encontrarán la paz cuando hayan satisfecho sus insensatos deseos, pero la experiencia les demuestra que esto no es así. Entonces, empiezan a entristecerse por haber cedido y comprenden que hubieran tenido que superarlos. No se consigue ninguna paz con la satisfacción de los deseos. La paz sólo se consigue de una manera: descartando los deseos inferiores y desarrollando en uno el poder que nos hace "aparecer como nada ante los ojos de los hombres".

Se dice que la flor sagrada florece en los lagos apacibles. El loto sólo adquiere toda su belleza cuando el agua está en calma; no llega a lograrla si el viento y la tempestad lo sacuden. El alma sólo puede abrirse en la paz. Las tormentas de la pasión y del deseo son absolutamente igual como aquello que abate las flores en el plano físico. Todos los desarrollos superiores son parecidos a flores muy delicadas; si están sometidos a violentas tormentas de pasión, son destruidos y desaparecen. Las personas que pasan el tiempo montando en colera, que se absorben sin cesar en toda serie de cuestiones personales y absurdas, que siempre piensan en sus propios sentimientos, y que sólo sienten hacia los demás celos y envidia, no pueden desarrollar las profundas y gráciles espirales, indicadoras de progreso.

En general, hay muy poco conocimiento científico sobre el progreso oculto, sobre la verdadera evolución: por sí solos los métodos educativos prueban que los hombres no lo comprenden. Hemos alcanzado un determinado nivel de evolución que corresponde aproximadamente al nivel del salvaje o a un nivel ligeramente superior y que podemos considerar

como definitivamente conseguido; es decir, que nos resultaría difícil, independientemente de las circunstancias, caer más bajo. Pero el crecimiento posterior que sucede al de la parte casi animal, o en todo caso la parte inferior y emocional del hombre, representa un desarrollo de extrema delicadeza y de aspectos muy diversos. Los puntos que diferencian una persona superiormente culta y con sentido artístico de una persona absolutamente tosca y sin ningún desarrollo, son todos de una naturaleza muy sutil que exigen lentos y atentos progresos; son los brotes tiernos que nos dan las más bellas esperanzas; brotes que apenas empiezan a florecer y que, ciertamente, no son todavía lo que algún día llegarán a ser. Esta frágil vegetación es destruida como si se tratara de un vendaval, por las primeras circunstancias adversas. La ruda y dura educación moderna, que permite asustar e incluso maltratar a los niños, tiene por efecto anular la delicada floración de cultura y refinamiento que las almas venidas a habitar estos cuerpos de niño han tardado mucho tiempo en adquirir —tal vez veinte o treinta vidas. Como consecuencia, los niños adquieren una naturaleza de salvajes primitivos; a menudo están poseídos por el miedo, por el odio y por el vivo sentimiento de la injusticia permanente; a partir de ahí, todo desarrollo sutil que establece realmente la diferencia entre una nueva y una antigua sub-raza, queda aniquilada.

Las personas no tienen idea de lo que hacen cuando proceden a esta destrucción, como muy a menudo ocurre. Veo incesantemente a niños de ambos sexos cuyos padres tal vez sean toscos, pero que, en sí prometen mucho; si tomados de la mano fueran guiados por el buen camino, realizarían sensibles progresos en la vida actual; pero su ambiente no favorece en nada un desarrollo semejante; los brotes jóvenes son agredidos y destruidos, y estos niños cruzan la existencia

como personas absolutamente ordinarias. He observado continuamente casos en los que esto ha estado pasando, tal vez durante quince o veinte vidas; el progreso que hubiera sido posible desde la primera, sólo se ha logrado veinte vidas después. No cabe duda de que durante cada una de estas vidas el ego había llevado una existencia un poco más regular y un poco más tranquila. El Karma resultante terminó por hacer necesario que se le ofreciera un ambiente más favorable y, al mismo tiempo, una ocasión de progreso; pero, por lo que nos es dado juzgar, el mismo desarrollo hubiera tenido lugar veinte vidas antes, a condición de que el medio ambiente hubiera sido un poco mejor.

¡Desgraciadas las personas que sofocan estos delicados desarrollos! A mi parecer, no hay crimen mayor que el de desanimar a aquellos que tratan de progresar. Es uno de esos crímenes a los cuales alude el Cristo cuando habla del pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado ni en este mundo ni el mundo de mañana. Sólo que la palabra “perdonado” es un contrasentido; la palabra “abandonado” o “dejado de lado” representaría mejor la idea. El sentido es perfectamente claro. El pecado contra el Espíritu Santo es la represión del espíritu divino en el hombre; este pecado genera consecuencias kármicas cuya regla no puede efectuarse en la presente dispensación —ni en el período actual de evolución terrestre, ni siquiera tal vez en la próxima; ¡tan grave es este pecado!

Muchas personas lo cometen lo mismo en ellos que en sus hijos; no dejan que la parte superior de sí mismos tenga ocasión de abrirse. Con frecuencia, los niños poseen la facultad de ver los espíritus de la naturaleza y otras cosas admirables, invisibles para las personas mayores. Éstas podrían muy bien verlas igualmente si su sensibilidad no hubiera sido destruida por la clase de existencia en la que tan a menudo

se sumergieron. Algunas veces, más adelante, estas personas empiezan, con mucha dificultad, a recuperar no sólo la facultad de la clarividencia, sino incluso la de disfrutar de todo lo que es bello y artístico, de todos los sutiles matices del sentimiento y de la percepción, signos de cultura y de verdadera educación.

Los factores del progreso superior son todos ellos sumamente sutiles, tan cuidadosa y exactamente equilibrados que el menor error de dirección basta para paralizarlos durante semanas o meses. El resultado de varios meses puede verse anulado en un solo día. De aquí la importancia del medio ambiente. Como que nunca se puede contar con encontrar lo mismo, el ocultista se esfuerza siempre para conseguir el máximo provecho posible de las condiciones del momento presente, sean cuales fueren, mientras vigila para que ninguna de ellas le detenga en absoluto. En uno de los Puranas está escrito:

Sin cuerpo, nadie puede alcanzar la meta del alma; es necesario, pues, tener cuidado del cuerpo como de un tesoro y hacer el bien. Un pueblo, un campo, la riqueza, una casa, así como también el Karma bueno y malo, pueden volverse a encontrar, pero nunca jamás este cuerpo.²

Se oye decir: "No puedo hacer gran cosa en esta vida; ya veremos lo que podré hacer en la próxima". Siempre es bueno tener presente la idea de nuestra próxima vida y de lo que podremos hacer entonces en ella, pero no es prudente contar mucho con ello, porque el karma acumulado es seguro que estará razonablemente mezclado; a veces nos aguarda como oleadas. En algunos momentos, el karma puede pro-

² Garuda Purana Sarodhara, XVI, 17, 18.

porcionarnos un ambiente propicio; de ello no se deduce que en la siguiente vida las circunstancias nos sean tan favorables. Resumiendo, es probable que nuestro karma siga el mismo curso general. Por otra parte, puede existir un contencioso desagradable que las autoridades kármicas juzguen todavía demasiado pesado para el interesado, y este contencioso podrían imponérselo en la siguiente vida, cuyas condiciones serían así menos buenas.

Nada más inteligente que aprovechar en la vida presente todas las ocasiones posibles; actuando de esta guisa, demostraremos a los Señores del Karma que sabemos sacar provecho; lo cual incidirá en el karma de nuestra próxima vida, con los resultados más señalados, porque esto será como tener derecho a circunstancias propicias. Si nuestras presentes ocasiones son numerosas, sería una imprudencia deducir que las volveremos a encontrar en nuestra próxima vida. Puede que sí, puede que no. A mi no me gusta que la gente diga: "Soy demasiado viejo para hacer nada en esta vida". Si sacamos provecho de lo que tenemos y si avanzamos lo máximo que podamos, creamos un estado de cosas que hacen difícil a las divinidades kármicas negarnos la concesión de nuevas oportunidades. Siguiendo en esta línea, podemos obligar a los Señores del Karma a regular nuestro karma de manera que nos propicie la ocasión deseada, no pudiendo desarrollar sus efectos las causas que hemos puesto en movimiento, si su dirección general se modifica. Ciertamente, es muy positivo aprovechar todo lo posible las ocasiones que se presentan pensando que, si las obviamos, no decidimos en nuestra evolución una diferencia de varios miles de años.

Unos miles de años no son nada en la larga carrera del alma, pero nosotros no pretendemos perder así nuestro tiempo. Por ejemplo, en las Vidas de Alcyone, encontramos el

caso de un muchacho que se encontraba situado en condiciones excepcionalmente favorables cerca de uno de los grandes Maestros de un templo egipcio. Este muchacho cometió la tontería de perder su tiempo, descuidó sus ocasiones y las perdió. El Maestro le dijo entonces que siempre estaría dispuesto a recibirle de nuevo. Ahora bien, sólo en la vida presente el joven volvió al Maestro. Esta indolencia le ha hecho así perder un tiempo determinado. Imaginad lo que hubiera podido hacer durante estos seis mil años si hubiera aceptado la proposición que se le había hecho. En esta época, el Maestro en cuestión no era un Adepto todavía y, ciertamente, si el discípulo hubiera aceptado, él mismo no estaría ahora muy lejos del adepto. Tomar una decisión semejante seis mil años antes o seis mil años después, no debería ser indiferente. El hombre que se decide a ello a su tiempo, tendría a su favor los largos años de actividad pasados, en el interín, en los niveles más elevados; ¿como no tendría que haber diferencia?

Ignoro hasta qué grado pesa, en los consejeros de lo Eterno, lo que nosotros llamamos el tiempo. Existe un punto de vista accesible al hombre en que el pasado, el presente y el futuro se presentan como un eterno ahora; sin embargo, incluso en éste, hay algunas cosas más claras y otras que lo son menos; aprovechar o desperdiciar una ocasión no deja de tener sus consecuencias, aunque pueda haber una manera de compensar en el futuro un error semejante; el pesar de haberlo cometido se convertirá entonces para el hombre en una energía incitándole a redoblar los esfuerzos a fin de recuperar el tiempo perdido. Simple especulación, simple esfuerzo de imaginación para representarse el proceso; sin embargo, no nos falta razón para pensar que un día la rectificación del pasado será posible.

En los planos superiores, la cuestión puede considerarse

un poco como sigue: nosotros decimos que el pasado fue de tal o cual naturaleza y que no podemos hacer nada para cambiarlo. He aquí lo que este pasado era cuando nosotros estábamos allí, pero ignoramos en qué se ha convertido hoy en que estamos alejados de él. Este pasado sigue existiendo; para otro hombre, en otro lugar, constituye el presente. La idea es difícil de asimilar. En el plano físico sabemos que vemos un objeto; la luz que emana de él nos lo hace percibir. La luz que ayer nos mostró un objeto se encuentra ahora a millones de millas de aquí, y muestra ahora, lejos de aquí, el mismo objeto; nuestro ayer puede representar para otra persona el presente, respecto al mensaje recibido de esta luz. Si la analogía tiene un fundamento real, yo no lo sé, pero parece que la verdad debe parecerse a esto.

Observar desde un plano superior la vida terrestre es como estar en la cima de una montaña y ver un tren que corre por el valle, a nuestros pies. Por lo que se refiere a los viajeros, el tren ha rebasado algunos puntos. Los puntos han desaparecido, pero sin dejar de estar presentes. Los árboles y los animales percibidos en estos lugares todavía están vivos. El pasado sigue activo pero, como los viajeros ya no están allí, la mayoría de las personas se imaginan que el papel que ellos han desempeñado ha terminado. Yo no estoy convencido de ello. No creo que sea muy útil tratar de comprender este problema porque, aquí abajo, es imposible llegar a encontrarle una interpretación coherente. Sin embargo, creo que el pasado no es irrevocable y que, el día en que también nosotros alcancemos la etapa que permita mirar todo eso desde arriba, el pasado se nos aparecerá mejor de lo que nosotros lo imaginamos en la memoria. En efecto, todo ese mismo pasado avanza, y siendo un elemento de la realidad divina; también él será glorificado, florecerá, se convertirá en lo que hubiera tenido que ser; no pretendo decir de qué manera. La

idea no es menos estimulante —comprendo la posibilidad de que nuestras omisiones, nuestros errores pasados, aunque actualmente tengan para nosotros esta perspectiva, puedan, en definitiva, presentar otra de muy diferente. La idea es difícil de captar aquí abajo, pero estoy seguro de que implica una parte de la verdad.

15. *Desea las posesiones por encima de todo.*

16. *Pero estas posesiones deben pertenecer al alma pura solamente y, por lo tanto, deben ser igualmente poseídas por todas las almas puras, siendo así la propiedad especial del todo solamente cuando están unidas. Anhela las posesiones propias del alma pura, a fin de que puedas acumular riquezas para ese espíritu unido de la vida, que es tu único Ser verdadero.*

C.W.L.— Las posesiones que hemos de desear son las cualidades que servirán a toda la humanidad. Toda victoria lograda por nosotros tiene que ser una victoria para la humanidad, no para nosotros mismos. El deseo de poseer tiene que apuntar hacia las posesiones comunes a todos; lo que se quiere es que todos participen de la misma herencia. Aquí nos encontramos de nuevo con el tema de la impersonalidad. Las vidas de los Maestros nos proporcionan ejemplos admirables. Recuerdo una época en la que estaba muy sorprendido de que se pudiera decir de los Maestros que, al parecer, que Ellos no tienen Karma. Algunos libros sagrados de la India dicen incluso que están por encima del Karma. Yo no llegaba a comprenderlo, puesto que el Karma es una ley, como la gravitación. Nosotros podríamos elevarnos hasta el sol sin que la gravitación desapareciera; al contrario, la sen-

tiríamos mucho más fuertemente. Me parecía totalmente imposible escapar de la ley de causalidad porque, gracias a ella, cada uno recibe lo que sus actos merecen. Si los Grandes Maestros practican sin cesar el bien, hasta un punto al que no tenemos la menor esperanza de igualar y, si al mismo tiempo, Ellos no generan ningún Karma, ¿qué pasa con el prodigioso resultado de Su efusión de energía?

Finalmente, después de haber estudiado el problema, empezamos a comprender. Si describo la manera en que el Karma se presenta a los ojos del clarividente, tal vez la cuestión será más inteligible. El mecanismo de la ley kármica en los planos superiores presenta un poco el aspecto siguiente: cada hombre es el centro de una serie increíblemente numerosa de esferas concéntricas, de las cuales algunas están muy cerca de él, mientras que otras se extienden a una prodigiosa distancia en las profundidades del empíreo. Cada pensamiento, palabra o acción, egoísta o no, emite un fluido de energía que se precipita hacia las superficies de las esferas, golpea perpendicularmente la superficie interna de una cualquiera de ellas, y se encuentra de vuelta al punto de partida. La naturaleza de la fuerza, así como la duración de su camino de retroceso, parecen determinar cuál será la esfera que lo rechazará. La fuerza generada por determinadas acciones golpea una esfera relativamente cercana, después retrocede muy rápidamente, mientras que otras fuerzas prosiguen su marcha casi hasta el infinito y no regresan sobre ellas mismas más que después de numerosas vidas. ¿Por qué? Lo ignoramos. Sólo sabemos que, en todos los casos, su vuelta es siempre inevitable y que únicamente pueden volver a su centro de origen.

De este modo, todas estas fuerzas emitidas por el hombre tienen que volver a él durante tanto tiempo como él las proyecte hacia fuera. Sin embargo, todo hombre está unido

internamente a la Divinidad y esto, no por parte de ninguna de estas esferas concéntricas, sino más bien por el centro de sí mismo; volviendo hacia el centro puede llegar al Logos y, mientras dirige así toda la energía de su pensamiento y de su deseo, esta energía no regresa nunca a él, sino que va a unirse al inmenso hervidero de energía divina que la Divinidad no deja de derramar en Su universo a fin de mantenerlo vivo. La fuerza divina brota en el centro; no llega del exterior. Examinando los átomos físicos, el clarividente comprueba que algunos de ellos absorben la fuerza y otros la emiten. Esta fuerza que debe tener una procedencia, no entra por un lado para salir por otro; surge en el centro del átomo y, por lo que parece, no llega de ninguna parte; en realidad procede de una dimensión superior que a nosotros se nos escapa. El camino que conduce a Dios se encuentra, pues, en el corazón de todas las cosas, y es la dirección hacia la que tiene que dirigir toda energía el hombre que siempre mira hacia Dios y no piensa más que en Él al llevar a cabo su tarea. Por lo que respecta a la personalidad, la fuerza desaparece, pero, como ya he dicho, ésta va a unirse a la energía divina constantemente derramada por todas partes. Para el hombre, no hay ningún resultado personal en los planos inferiores, pero con cada esfuerzo semejante que realiza, se acerca a la Verdad divina presente en él, la expresa mejor y más completamente; decir que no alcanza ningún resultado sería, pues una falsedad. En un universo sujeto a la ley, todo determina un resultado, pero no existe un resultado externo que pueda guiar al hombre en la tierra.

He aquí, creo, lo que significa el pasaje que dice que los Grandes Seres escapan a la ley kármica. Toda su inmensa fuerza espiritual la consagran íntegramente a hacer el bien, en nombre de la humanidad y como unidades humanas; escapan así a las obligaciones de la ley. Prescindiendo de cual

sea el, éste es para la humanidad, no para Ellos. El Karma de toda la gloriosa actividad del Maestro no está destinada para que Él la reciba; es para el conjunto de la humanidad.

Es con un espíritu semejante de impersonalidad que también nosotros deberíamos actuar. Incluso, si al realizar una buena acción decimos: "Hago esto; creo que el mérito es mío", o bien si, sin pensar en el mérito, decimos simplemente: "Yo soy el que hace esto", como los fariseos de antaño, recibimos nuestra recompensa. El resultado será para el yo personal y nos ligará aquí abajo igual que lo haría un mal resultado. Si, por el contrario, olvidando absolutamente al yo personal, actuamos simplemente como miembros de la humanidad, es a esta humanidad de la que cada uno forma parte que en quien revertirá el fruto de la acción. Cuanto más lleguemos a actuar sin interés personal, más cerca estaremos del corazón divino de todas las cosas. He aquí el punto de vista del mismo Logos, Para Él, no puede existir ningún pensamiento personal; Él actúa siempre para el bien del conjunto del cual es el representante. Si, al actuar, sólo pensamos en Él, el resultado desembocará en Su energía divina y no volverá a nosotros bajo ninguna forma susceptible de atarnos, sino que, sobre todo, volverá como un factor que contribuye a convertirnos en expresiones cada vez más completas del Logos, y a elevarnos cada vez más hacia la paz de Dios, que trasciende todo pensamiento.

CAPÍTULO VIII (LXIV)

REGLAS DE LA 17 A LA 19

17. Busca la senda.

C.W.L.— Los tres breves aforismos a los que llegamos ahora tiene una estrecha relación común; en el comentario del Chohan, como en las notas del Maestro Hilarión, se han tomado implícitamente juntos. Resulta pues casi imposible situarlos en grupos separados como lo habíamos hecho hasta ahora, y yo quiero colocarlas en el orden en que el libro las facilita. Es evidente que hemos alcanzado un punto álgido de la doctrina, porque nos encontramos aquí con un comentario de estos Grandes Seres mucho más largo que ninguno de los precedentes. La nota del Maestro Hilarión, añadida a la regla diecisiete, empieza en estos términos:

Estas tres palabras parecerán, quizás, demasiado insignificantes para constituir una regla por sí solas. Puede que el discípulo diga: ¿Estudiaría estos pensamientos en modo alguno si no buscara el camino? Sin embargo, no te precipites. Detente y medita un poco. ¿Es el camino que deseas, o es que hay una vaga perspectiva en tus visiones de elevadas cumbres para ser escaladas por ti mis-

mo, de un gran futuro para que tú lo alcances? Ten cuidado. El camino ha de buscarse por él mismo, no teniendo en cuenta los pies que lo recorrerán.

Estas palabras expresan admirablemente con qué espíritu hemos de abordar el Sendero. Del principio al fin, hay que separar la personalidad, trabajar desde el punto de vista del Yo Superior. Buscar el camino significa actuar de esa manera. Como ya hemos visto, el hombre, incluso después de haber dejado atrás la ambición ordinaria, la vuelve a encontrar una y otra vez bajo las formas más sutiles. Ahora su ambición es la de alcanzar un nivel superior; se ha decidido a no desear *nada* para el yo personal, a consagrar *enteramente* todas las facultades de las que dispone al servicio de la Gran Logia Blanca; no sueña más que en ser un buen instrumento y, con respecto al Maestro, a ocupar una posición tal que las fuerzas del Maestro puedan pasar a través suyo con toda la facilidad posible.

Con el bien entendido de que todas las energías que descienden de los planos superiores se encuentran muy restringidas cuando entran en acción en un plano inferior. La fuerza que pasa por el discípulo no es más que una mínima parte de la influencia que un Gran Ser le da para que la transmita. Es imposible que sea de otro modo, pero el discípulo que, a pesar de todas las imperfecciones que se adhieren naturalmente a nosotros en el plano físico, hace de sí mismo un instrumento lo más perfecto posible para la energía del Maestro, puede ser muy útil. El discípulo tiene como meta facilitar el paso a un flujo de energía tan abundante como sea posible, haciendo que sufra las menores alteraciones posibles.

La energía se derrama por mediación del discípulo, a fin de que él pueda diseminarla, pero en esta distribución se da

por sentado que él no hará el papel de una máquina; el discípulo pone lo suyo; un poco de su tónica particular se transmite a la corriente; esto es lo que se desea; esto es lo que se espera; pero es necesario que el discípulo se acople absolutamente a la actitud y a los sentimientos del Maestro. Esto no es imposible, porque el discípulo, de un modo admirable, se convierte en uno con el Maestro, como ya he explicado en *Los Maestros y el Sendero*. No sólo todo lo que encierra la conciencia del discípulo se encuentra también en la conciencia del Maestro, sino que, más todavía, todo lo que pasa en presencia del discípulo se encuentra igualmente en la conciencia del Maestro, sino forzosamente en el mismo instante, a menos que Él no lo quiera, por lo menos y con toda seguridad, en Su memoria. Si el Maestro se encuentra por entonces muy ocupado en Su trabajo superior, Él no sigue necesariamente una conversación en la cual está comprometido el discípulo, pero pruebas sorprendentes demuestran que algunas veces esto puede suceder porque, de cuando en cuando, Él suelta una idea o una observación y corrige lo que acaba de decirse.

Como ya he señalado antes, todo sentimiento que el discípulo se permita tener repercutirá en el Maestro; si es un sentimiento como la irritación o el enfado, el Maestro suprimirá de inmediato la comunicación. Evidentemente, el discípulo no quisiera causarle este dolor, aunque, con toda reverencia, pueda decirse que éste sea un dolor mínimo. Es posible que el Maestro haga esto muy rápidamente con un solo pensamiento; pero uno no quisiera causar en Su actividad, ni siquiera esta ligera interrupción.

Por otro lado, naturalmente, consecuencia inevitable y simultánea, el discípulo quiere evitar encontrarse excluido de ese modo; se aplica, pues, con todas sus fuerzas a cerrar el acceso de su conciencia a todo pensamiento o sentimiento

indeseables. Evita una multitud ruidosa o todo lugar que desprenda un magnetismo negativo, a menos que la tarea a llevar a cabo en ese lugar para el Maestro no le obligue a ello. En este caso, se rodeará de un caparazón y vigilará para que ningún disgusto alcance al Maestro. No obstante, los pensamientos de orden físico presentes en la conciencia del discípulo lo están igualmente en la del Maestro. Por ejemplo, si sorprendido de súbito por un ruido, el discípulo experimenta una ligera impresión, esta impresión se comunica al Maestro; Éste no se preocupa y la soslaya; no por eso la impresión ha dejado de transmitirse y esto demuestra la intimidad del lazo. Un discípulo advertido trata de evitar toda clase de impresiones, y es por eso que generalmente causa una impresión de calma y dulzura.

Entre otras características del discípulo está la de que jamás olvida a su Maestro, ni la presencia de su Maestro. Excepto que ocurra inadvertidamente, el discípulo no se permite ningún pensamiento, ningún sentimiento que no desee introducir en el pensamiento o en los sentimientos del Maestro; se esfuerza incluso en evitar las agitaciones exteriores que pudieran ser de una naturaleza que necesitara una exclusión temporal.

La felicidad que proporciona al discípulo esta íntima unión con el Maestro es intensa. La alegría de encontrarse en relación con una inteligencia tan radiante, con emociones, o mejor dicho con poderes tan trascendentes —porque en un Maestro no se puede llamar emoción a la devoción, al amor y a la comprensión; en Él esto son poderes —esta alegría es maravillosa y de una belleza que no puede expresarse. Cuanto más el discípulo se abre a estas influencias superiores, más éstas se derraman en él y más se parece al Maestro de quien él es el servidor. Es una cuestión de crecimiento sostenido, pero este crecimiento encuentra una gran ayuda en la co-

riente de energía que pasa constantemente del Maestro al discípulo.

Esta unión, en pequeño, representa una especie de anticipo de la unidad superior que se afirma cuando la conciencia búddhica ha completado su desarrollo; pero, teniendo en cuenta este desarrollo, no sé de nada que sea más íntimo que la relación entre discípulo y Maestro. Las personas que aspiran al privilegio de llegar a ser discípulos, ya desde ahora, tienen que vivir en todo lo posible, como ellas creen que han de vivir cuando efectivamente se convertirán en tales. Cuanto más imbuimos nuestros actos, nuestros pensamientos, de este carácter general de calma y serenidad, más dignos seremos de ser admitidos cuando llegue el momento, a una asociación más estrecha. No cabe duda de que el modo de merecer un privilegio semejante consiste en vivir como si ya disfrutáramos de él. Sé muy bien que, a menudo uno piensa que las pequeñas cosas exteriores carecen de importancia; a veces decimos: "es posible que esto, o aquello retrasen la evolución, pero las consecuencias no pueden ser tan fastidiosas; es una cosa tan nimia". He oído decir esto hablando de la alimentación cárnica, así como del tabaco; sólo que no contamos con razones para obviar ni siquiera la más mínima ventaja. El trabajo que nos aguarda es considerable y está muy lejos de ser fácil. En estas condiciones, el sabio se guarda muy bien de descuidar la más pequeña ayuda.

El Maestro añade en su nota:

Hay una relación entre esta regla y la regla diecisiete de la segunda serie. "Cuando, después de siglos de lucha y de numerosas victorias, se gana la batalla final y se exige el último secreto, entonces estarás preparado para un sendero más avanzado".

La regla diecisiete contenida en la segunda parte de la obra, y mencionada por el Maestro, está concebida de esta manera: "Pregunta a lo más íntimo de tu ser, al Único, el secreto final que conserva para ti a través de las edades". He aquí el sentido: igual que hoy hemos de buscar el Yo Superior, exactamente igual, al alcanzar este nivel más excelso, tendremos que buscar al Único, a la Mónada. El Secreto final es siempre el modo de trabajar más y más alto. Muchas personas parecen ver en esto una perspectiva sin alegría. El deseo predominante en multitud de personas es el deseo de descanso; estamos rodeados de tanto esfuerzo, de tanto sufrimiento y de tanta sobrecarga, que estas personas aspiran al reposo completo. Este punto de vista corresponde exclusivamente al cuerpo físico. En los planos superiores no existe la fatiga. He conocido personas que en el plano astral han esperado muchos años para que un cuerpo considerado conveniente por el Maestro, les fuera asignado. En un primer caso, un hombre tuvo que esperar veinticinco años, en otro veinte. Durante todo ese período, estos hombres se consagraron absolutamente, sin respiro, a la obra del Maestro. Es verdad que ni el uno ni el otro no sintieron la menor lasitud y que, finalmente, su celo también había permanecido completamente vivo. Así pues, si en el plano astral existe algo que se parezca al cansancio, para que se manifieste, éste tiene que exigir una duración que nosotros desconocemos.

Cuando el secreto final de esta gran lección habrá sido revelado, en él es donde se descubrirá el misterio del nuevo Sendero —un Camino que conduce más allá de toda experiencia humana, y que está totalmente por encima de toda percepción y de toda imaginación humanas. En cada una de estas etapas es necesario detenerse durante largo tiempo y reflexionar mucho. En cada una de estas etapas es necesario asegurarse de que el Camino ha sido elegido por sí mismo.

El Camino y la Verdad se muestran primero. La Vida viene después.

A.B.— Cuando el alma liberada ha recorrido las etapas de progreso llegando a la condición de Arhat y se adelanta más allá, hacia la primera de las siguientes grandes iniciaciones, hace su elección entre una serie de caminos que se abren ante ella; como sea que son siete, el número sagrado, el alma puede decidirse de siete maneras distintas. En este momento, se dice a menudo, tan sólo hay una posibilidad: y es que el hombre *tiene* que desear convertirse en un Maestro; y a esta opinión se añade el pensamiento de que, si ha escogido bien, regresará para ayudar al mundo. Esta decisión se recomienda en interés especial de la humanidad; pero debo recordaros que ésta es una conclusión prematura. Una nota expresada en estos términos da a entender la naturaleza de la elección: “En cada uno de estos puntos es necesario estar seguro de que se ha escogido el camino por el camino mismo”. Las palabras “por el camino mismo” son la clave. La elección tiene que hacerse únicamente para el camino. El hecho de que haya varios caminos debería ser suficiente para impedirnos formular ninguna regla respecto a nuestra decisión y, más aún, para impedirnos decir: “si escoge bien”, como si fuera posible escoger mal cuando el alma esté liberada.

Sin embargo, una idea —idea muy sutil— cruza por nuestra mente; y es que nosotros podemos dictar esta elección. Llega el momento en que hemos de decidir lo que haremos para nuestro propio futuro —un futuro muy lejano—, lo que seremos y lo que haremos. En realidad, es la conciencia inferior supeditando su decisión a la conciencia superior. Esta sutil inclinación se reafirma durante toda nuestra vida. Una parte de nuestra conciencia juzgando que es el “yo” está natu-

ralmente dispuesta a dividir su camino futuro tal como éste se le presenta, olvidando que de este modo ejecuta una elección que pertenece a la conciencia superior, y sólo a ella. Decidir lo que convendrá hacer al final de la etapa de Arhat sería actuar como un niño escogiendo una profesión; su decisión, al no estar guiada por el conocimiento no sería realmente la que aprobaría la madurez de su criterio. Un niño pequeño no tiene que escoger su futura carrera y, en el tema que tratamos, rige el mismo principio. El ego superior decidirá, sin ocuparse para nada del yo inferior; a decir verdad, éste habrá dejado de existir antes del momento de la elección. La sola idea importante a presentar al yo inferior es, pues, la de servir —la de convertirse en un instrumento útil; a menos de que se llegue a ello, el yo se convierte en un obstáculo para la conciencia superior. Recordad que puede obstaculizar el camino de esta conciencia; a menudo se ha dicho que crucifica al ego superior.

Otro punto que no hay que olvidar: nosotros no podemos juzgar ningún estado de conciencia antes de haberlo experimentado y de conocer el valor pertinente. Pensando en una condición superior de vuestra conciencia, condición de la que no sabéis nada, es imposible formaros ninguna opinión al respecto. Cuando llegáis a este estado de elevación, el universo se transforma para vosotros; en vuestra naturaleza se opera un cambio y vosotros os volvéis capaces de comprender la manera particular de actuar de este estado de conciencia. Hace falta haber realizado la experiencia de este cambio antes de saber. Igualmente, formar una opinión cualquiera respecto a un camino futuro, equivale a juzgar un estado de conciencia que ignoráis y vuestro juicio carece de valor.

Situándonos en un punto de vista más elevado, una sola consideración decide nuestra elección, la de las necesidades de la humanidad en esta época. Aquí hay un lugar vacante;

allí es necesaria nuestra ayuda; he aquí lo que regula la decisión. Entre los diferentes caminos que se abren ante ella, el alma purificada escogerá aquel que la conducirá allí donde su ayuda sea necesaria. El Yo Superior es juez de la ayuda que necesita la Jerarquía; su decisión depende de la necesidad de expresar la Voluntad del Logos. Un Gran Ser me dijo: es un error suponer que la elección puede hacerse aquí abajo; siempre está determinada por la ayuda necesaria a la expresión de la Voluntad del Logos.

Un grupo de trabajadores se consagra a la ayuda de los hombres; la elección no se decide a favor de esta actividad más que cuando la necesidad de un refuerzo es perentoria y si se hace necesario un canal. Insisto en este punto al haber recibido yo misma la advertencia de no dejar que mis pensamientos abandonen una actividad útil por otro tipo de trabajo que todavía no se nos ha encargado. En el *Bhagavad-Gitâ* se nos advierte que el dharma de los demás está lleno de peligros. Allí donde se encuentra nuestro dharma, allí está nuestro trabajo.

C.W.L.— El sendero que conduce más allá de toda experiencia humana es el del Adepto y se abre ante Él en siete direcciones diferentes, como ya hemos visto. He oído a muchos de nuestros miembros asegurar: “No hay ninguna duda sobre el tema de nuestra elección; nos quedaremos para servir a la humanidad”. Sería más inteligente no desperdiciar nuestro esfuerzo tomando semejantes decisiones, porque de hecho, el tema se nos escapa por completo. Es actuar como un niño que decide lo que hará cuando sea mayor: será pirata o conductor de trenes. Las condiciones que determinarán nuestra elección nos son tan desconocidas como lo son para el niño aquellas de las que dependerá su porvenir. Imposible que ninguno de los siete caminos sea en sí más deseable que

otro, si bien todos conducen a actividades diversas.

No lo dudemos, en el momento de elegir, la idea predominante será: “¿Dónde puedo servirle mejor?” No estaremos lejos de la verdad resumiendo así nuestra decisión futura: “Aquí estoy, Señor, enviadme allí donde la necesidad de ayuda sea más urgente”. Sin embargo, en el curso de nuestro desarrollo puede resultar útil adquirir una aptitud especial a seguir en una u otra de estas líneas; además, la ventaja para el conjunto del sistema estará en que hallaremos un empleo en la línea donde podamos hacerlo mejor.

Cada vez que se consigue un grado de conciencia superior, el mundo toma un aspecto tan ampliado que se convierte para nosotros en un mundo completamente nuevo. Cuando nos convirtamos en Adeptos descubriremos un horizonte infinitamente más vasto. Comprenderemos exactamente lo que haremos, porque podremos mirar el sistema solar como lo mira su Creador, desde lo alto y no desde lo bajo; veremos el modelo reproducido por el entramado; sabremos lo que todo eso significa. Cada paso hacia adelante, cada ampliación de conciencia, nos acercan al momento en que el sentido de todo nos resultará perceptible; al avanzar, estamos cada vez menos expuestos a equivocarnos y a no comprender, pero la sabiduría perfecta no puede pertenecer más que al Adepto cuya conciencia está unida a la del Logos de nuestro sistema, aunque sea en una de Sus manifestaciones inferiores.

En todo caso, la elección incumbe a la Mónada; con toda seguridad, nosotros no tenemos razón alguna para preocuparnos ahora. Es posible que la Mónada ya lo haya decidido todo; en este caso, los representantes inferiores o fragmentos de la Mónada hallarán cada uno su lugar, sean cuales fueren sus ideas anteriores. Lo que es importante para noso-

tros es únicamente el inculcar a la personalidad lo pertinente para hacerle comprender que es necesario buscar siempre las ocasiones de servir, y ella se convertirá para el ego, sin dificultad, en un canal perfecto, y la individualidad, a su vez, se sentirá impulsada a convertirse en un canal o instrumento excelente para la Mónada. En la vida, el servicio es el ideal más elevado. ¿No ha dicho el mismo Cristo, “Aquel que quiera ser el primero entre vosotros, que se haga vuestro esclavo”?¹

18. Busca el Camino retirándote hacia lo interno.

19. Busca el Camino avanzando decididamente hacia lo externo.

C.W.L.— Buscar el camino retirándose hacia lo interno significa: buscar primero el Yo Superior y tomarlo como guía. Ya lo hemos dicho, la primera etapa viene marcada por la unificación de la personalidad con el ego. Más tarde, el ego se convierte en la perfecta expresión de la Mónada; el hombre está entonces preparado para recibir la iniciación de Asekha. A continuación, el Adepto se esfuerza para elevar la conciencia de su Mónada hasta la Conciencia del Logos; se busca a sí mismo siempre en los niveles superiores.

Todas las veces que un hombre que ha alcanzado a una etapa cualquiera, trata de dirigir una corriente de devoción hacia un plano superior, consecuentemente, pone en marcha tal cantidad de flujo de poder divino, que en su esfuerzo se

¹ Mateo, XX, 27.

encuentra completamente abrumado. Para el hombre se trata menos de una ascensión que de la recepción de una oleada de energía. Esto es lo que ocurre entre el discípulo y el Maestro. El discípulo envía su amor al Maestro, pero este esfuerzo queda superado por la respuesta del amor del Maestro; el discípulo tiene entonces la impresión de haber recibido una inmensa corriente de amor, si bien en principio ¡ha sido su propia iniciativa la que ha hecho posible esta efusión!

En un nivel superior, esa es la efusión del Espíritu Santo sobre el Adepto; del Espíritu Santo, el poder del Tercer Aspecto del Logos, simbolizado por las "lenguas de fuego" de Pentecostés.² En su momento, el Adepto se une, pues, al Tercer Aspecto del Logos manifestado en el plano nirvánico; después se unirá al Aspecto representado por el Cristo en el seno del Padre. Más tarde, aunque yo no sé nada, estoy seguro de que se acercará cada vez más a la Divinidad de nuestro sistema solar. Nosotros no dejaremos de acercarnos a la Luz, pero jamás tocaremos la Llama. Un día nos elevaremos hasta las alturas en que Él se encuentra, pero Él no se detendrá para recibirnos; Él también evoluciona; es por esto que jamás tocaremos la Llama, aunque nos acerquemos a ella. La incomparable beatitud de esta experiencia no puede describirse; su naturaleza no se corresponde con nada del mundo inferior.

En cada hombre, la búsqueda de lo profundo revela muchas verdades. La personalidad, en la que tantas personas ven a su yo, no es sino una mínima faceta del hombre. Nosotros somos seres mucho más notables de lo que aparenta-

² Hechos, II, 3.

mos. El ego tan sólo puede hacer emerger en los mundos inferiores una pequeña parte o faceta de sí mismo en una sola encarnación; e incluso, si esta parte se manifiesta perfectamente, es tan sólo una parte ínfima. Un gran hombre, incluso aquí abajo, presenta un aspecto magnífico; podemos estar seguros de que el conjunto es muy superior a lo que vemos. Por sí sola, ninguna personalidad puede expresar las múltiples posibilidades latentes en el ego, que encierra en sí mismo la quintaesencia de todas sus existencias anteriores. Los caracteres más hermosos y más nobles que viven aquí abajo nos facilitarán una mediana muestra de las cualidades que descubriremos en el ego si podemos contemplarlo.

A veces encontramos muestras semejantes y deberíamos tratar de considerarlas como a tales. Por ejemplo, vemos a una persona absolutamente ordinaria manifestarse en unas circunstancias inesperadas con un gran heroísmo. Vemos a un obrero que sacrifica su vida para salvar a su compañero. Ahora bien, la posibilidad de actuar así demuestra que el hombre interno ha llegado realmente a este nivel. Independientemente del punto culminante alcanzado por él, en realidad, este punto es el hombre en sí, porque éste no podría haber llegado a donde ha llegado, ni siquiera pensando en ello, si esta identidad no existiera. Toda la expresión inferior, las tormentas pasionales, los bajos sentimientos, todo eso pertenece a la personalidad y, por supuesto, no tendría que existir, pero esto no constituye el verdadero hombre. Si algunas veces éste llega a elevarse muy alto, es en ese nivel en el que debería esforzarse por mantenerse siempre.

Las nobles y elevadas aspiraciones del hombre tienen que desarrollarse, en cierta medida, en el ego, de otro modo no las experimentará aquí abajo. Las personas insensibles a estos ideales son aquellas en las cuales estas cualidades especiales no existen ni siquiera en germen. Si aspiramos a poseer

los bienes espirituales es porque éstos representan en nosotros no una posibilidad, sino una realidad viva; a nosotros nos corresponde establecer nuestra vida en el nivel más elevado y de esta manera alcanzar una elevación todavía superior.

Resumiendo, si el ego desciende a los planos inferiores, es para ganar en limpieza y para permitir a sus bellos pero vagos sentimientos cristalizar en una firme decisión para actuar. El conjunto de sus encarnaciones constituye un proceso en medio del cual puede adquirir precisión y limpieza. Nuestra manera de adelantar, por consiguiente, es especializándonos. Descendemos en cada raza y en cada su-braza a fin de adquirir las cualidades que ésta ha de poseer a la perfección. El fragmento de ego inmerso en los planos inferiores está altamente especializado; tiene por misión desarrollar una determinada cualidad; después de lo cual el ego la reabsorbe en el momento oportuno; y esto se renueva muchas veces. Inmersa en el ego, la personalidad comunica al conjunto en particular, algo de los resultados obtenidos por ella; el ego se vuelve entonces un poco menos impreciso de lo que era.

A pesar de sus inmensos poderes, el ego es mucho menos preciso que la mente inferior; y la personalidad, apreciando ante todo la facultad de análisis de esta mente inferior que tiene que desarrollar, a menudo llega como consecuencia a despreciar al Yo Superior, mucho más elevado pero también mucho más impreciso, y toma por costumbre creer en la independencia del ego.

En las primeras etapas de su evolución, el ego es impreciso y, a este respecto, no proporciona satisfacción, pero no hay en él nada malo —ningún defecto moral. El cuerpo causal no encierra ninguna materia susceptible de responder a

las vibraciones inferiores, pero en todo punto donde su desarrollo presente una laguna, siempre es posible a los vehículos inferiores dejarse arrastrar por una mala acción. En un caso así, puede que, llegado el momento crítico, el elemental astral tome posesión del hombre y que éste, apuñale locamente a otro; o bien que, teniendo gran necesidad de dinero y encontrándose en circunstancias en las que puede conseguirlo mediante fraude, sucumba a la tentación. El ego no está entonces suficientemente despierto para intervenir e impedir la acción, o tal vez no comprenda que la pasión o la avidez del cuerpo astral pueden obligar al yo inferior a cometer un crimen. Si vemos al mal manifestándose de súbito en el carácter de un hombre, no supondremos que este mal viene del Yo Superior; sin embargo denota una laguna en él, porque si el ego estuviera más desarrollado, pararía al hombre desde el mismo momento en que surgiera el mal pensamiento, y el crimen no llegaría a cometerse.

Para nosotros, buscar el camino retirándonos hacia lo interno significa que siempre hemos de tender hacia lo más elevado, a fin de volver a traer aquí abajo, siempre en mayor grado, los tesoros que el ego ha reunido durante sus innumerables encarnaciones. Pero, mientras se busca así comprender al Yo Superior, no olvidemos que también es necesario buscar el camino avanzando *hacia fuera*. Es imposible que nos permitamos ignorar lo que es exterior a nosotros mismos; es necesario, para nuestro bien, estudiar y conocer el mundo y lo que pasa en él.

CAPITULO IX (LXV)

REGLA 20

20. Pero no lo busques en una sola dirección. Para cada temperamento existe una vía que parece la más deseable. Pues el camino no se encuentra sólo por la devoción, por la mera contemplación religiosa, por el ansia de progreso, ni por la entrega desinteresada de uno mismo, ni por la cuidadosa observación de la vida. Ninguna de estas cosas por sí sola hace avanzar al discípulo más de un paso. Todos los peldaños son necesarios para recorrer la escala.

A.B.— La regla 20 es el comentario del Chohan sobre los tres breves aforismos del 17 al 19 tratados en el capítulo anterior. Esta regla nos dice que el hombre no tiene que limitar su desarrollo en la dirección donde encuentre la menor resistencia, sino que tiene que desarrollar sus facultades en todas las direcciones antes de llegar a la meta, a la utilidad universal; el hombre busca convertirse en un instrumento perfecto de la Buena Ley y nadie puede conseguirlo si no se desarrolla en todos los sentidos. Por consiguiente, para que la perfección se consiga, cada tipo o cada temperamento, tiene que procurarse lo que le falta. La humanidad no alcanza

la meta ni por la sola devoción, ni por la contemplación religiosa únicamente, ni sólo por el trabajo desinteresado, ni exclusivamente por la observación estudiosa de la vida. Al final, la posesión de todas estas cosas será necesaria para cada uno, pero en el curso de la ruta, las personas están limitadas por sus temperamentos y, durante mucho tiempo todavía, los esfuerzos de cada discípulo en favor de la humanidad están limitados por uno de ellos.

La necesidad de seguir todas las rutas es comprensible. Al ir avanzando, los hombres tienen que acercarse, tienen que estar unidos en un todo orgánico. Si un hombre poseyera una gran facultad de contemplación religiosa y las otras facultades las tuviera en un grado muy disminuido, no le serviría de mucho entrar en contacto con un hombre que tuviera la facultad del trabajo desinteresado. En este terreno, no sería su igual y su utilidad se vería reducida. Por eso es preferible que mientras busca la perfección en su propia clase de trabajo, mientras busca dominar perfectamente un tema determinado, el discípulo no descuide al mismo tiempo aprender un poco de todo, de manera que pueda entrar en estrecho contacto con las personas de diversos temperamentos con las cuales tiene que trabajar.

La tónica es el equilibrio; hasta cierto punto, es necesario llegar a trabajar siguiendo todas las líneas. La paciencia es también necesaria, a fin de poder ayudar a todo el mundo. Hay que considerar el camino de cada uno como el que le conviene; se trata de uno de los caminos que se abren ante el hombre, luego, hay que considerarlo bueno. Hemos de respetar todos los tipos humanos y, esperando que personalmente podamos ayudarles a todos, deberíamos tratar de guiar a aquellos por los cuales no podemos hacer nada, hacia otros capaces de ayudarles, sin despreciar los caminos que siguen y hemos de buscar encaminarles hacia el nuestro.

C.W.L.— El desarrollo no es casi nunca uniforme. En unos domina la devoción, en los otros la inteligencia, en otros todavía, la actividad. Naturalmente, cada uno en la dirección que le es más fácil, pero no tiene que olvidar que necesitará el desarrollo completo antes de llegar al adeptado. El Adepto es, ante todo, un hombre perfecto y, si lo tomamos como nuestro ideal, es necesario que por nuestra parte hagamos el máximo para desarrollarnos de diversas maneras. Es muy bonito ser un profundo devoto pero, al mismo tiempo, es necesario instruirse, porque el hombre a la vez devoto y ciego es poco útil. Lo recíproco es cierto respecto a aquellos que, avanzando en la línea mental, tienen que procurar adquirir la devoción, para no correr el riesgo de dejarse desorientar por su desarrollo intelectual. Más vale desarrollarse en una sola dirección que no dejar de desarrollarse del todo, pero si bien cada uno tiene que seguir su propia línea, al mismo tiempo no tiene que olvidar que existen otras.

A menudo se tiene la tendencia de criticar los demás senderos y a dar por sentado que son menos útiles que el nuestro. Tal vez lo serán efectivamente para nosotros pero, para aquellos que los siguen es todo lo contrario. Independientemente de nuestro grado actual de desarrollo, ciertamente, hemos de conseguir el equilibrio; así pues, si hoy no apreciamos más que la actividad laboriosa, llegará un momento en que comprenderemos al hombre que avanza por la sabiduría, y después al hombre que progresa por el camino de la devoción, sin permitirnos juzgarlos directamente menos útiles que nosotros mismos. Las personas que adelantan por la devoción, me temo que demuestran cierta intolerancia hacia aquellas que quieren entregarse al estudio y al trabajo; esas personas, algunas veces dicen: “Todo lo que hacéis pertenece al plano externo o bien a la vertiente puramente intelectual, mientras que lo más importante es siempre el corazón